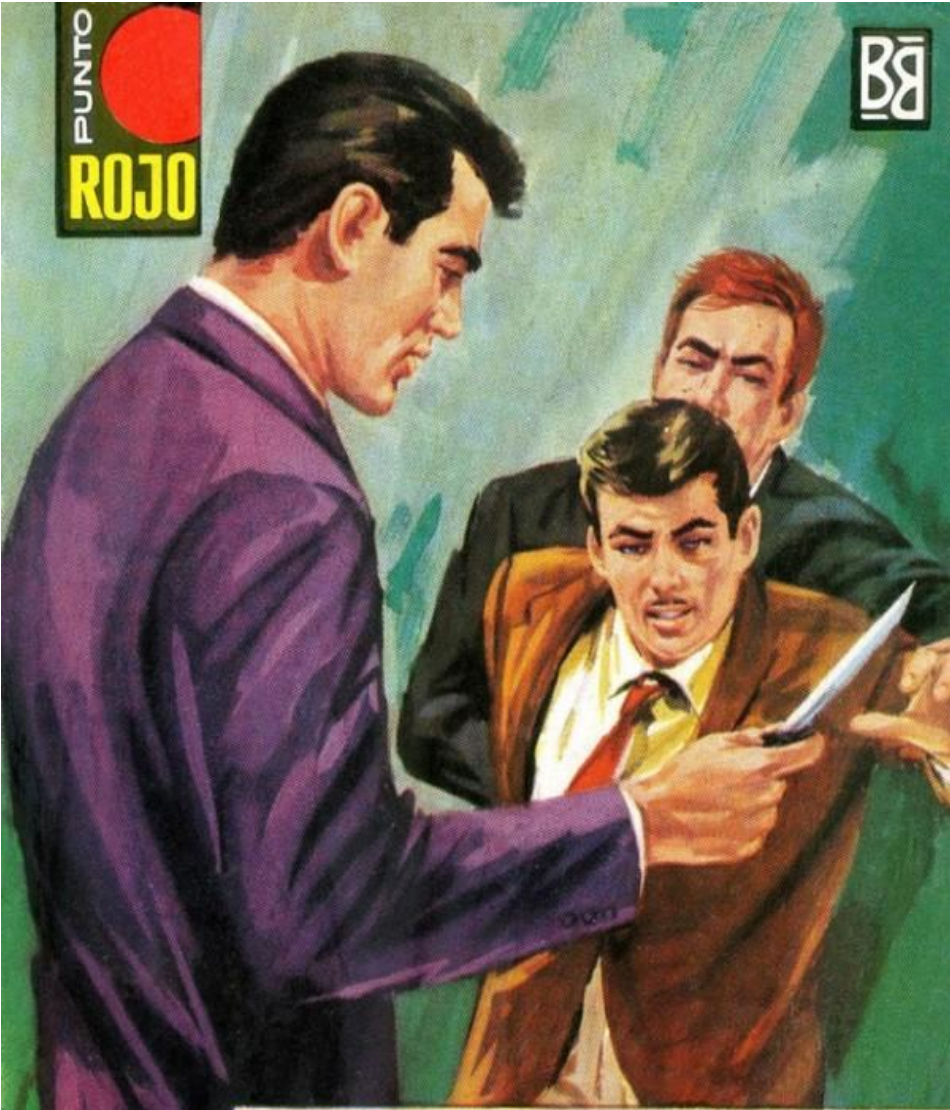


PUNTO

ROJO

B&B



UN DOBLE PARA LA HORCA

clark carrados

UN DOBLE PARA LA HORCA

CLARK CARRADOS

**UN DOBLE
PARA LA HORCA**

**1.^a EDICIÓN
ENERO - 1863**



EDITORIAL. BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 24.953 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5239/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

845 — El diamante rojo.

En Colección BÚFALO:

438 — Capitán fracaso.

En Colección SALVAJE TEXAS:

336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:

302 — Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:

228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

229 — El tercer *sheriff*.

En Colección PUNTO ROJO:

32 — La muerte anunció su visita.

En Colección BRAVO OESTE:

98 — Alias “Él Perezoso”.



CAPÍTULO PRIMERO

Al oír el timbre de la puerta. Martin Breckner levantó la vista de la pantalla de la televisión, donde estaba contemplando un atractivo programa.

—¿Quién será el importuno? —masculló.

Lanzando un suspiro de resignación, Breckner se puso en pie. Estaba solo en la casa.

—Al día siguiente, emprendía un largo viaje de vacaciones. Sin embargo, y para evitarse molestias, porque quería que las vacaciones lo fueran en el más amplio sentido de la palabra, no había querido decir a nadie dónde pensaba pasar su período de descanso.

Su respuesta, al último periodista que lo había interrogado sobre el particular había sido:

—*Top secret*, muchacho. Ni los planes de la primera bomba A estuvieron nunca tan bien guardados como lo está ahora el lugar adonde pienso dirigirme.

Apenas rebasada la treintena, Breckner se había convertido en una celebridad. Cuatro novelas suyas, en poco más de tres años, le habían lanzado a la cúspide de la fama. De las cuatro obras se habían impreso millones de ejemplares en todas las lenguas, excepto el sánscrito, el griego antiguo y el lenguaje ideográfico de los egipcios, idiomas reservados a unos pocos estudiosos. Hubiese resultado pintoresco, sin embargo, que «Explosión de pasiones» hubiera sido trasladada a los ideogramas faraónicos. Algunas de las escenas de la novela habrían agradado

notablemente hasta el más mísero «fellagha» egipcio. Por supuesto, en la versión cinematográfica, la cosa había tenido que suavizarse notablemente; aun así, algunas de las escenas eran capaces de convertir los refrigeradores de los cines en hornos de barco de vapor.

Los derechos de las cuatro obras, más las cuatro versiones cinematográficas de las mismas, sin contar con las adaptaciones teatral, radiofónica y televisada, aparte de condensados para gentes con prisa, no solo le habían convertido en un hombre célebre, sino también en un potentado. Por eso mismo, para huir siquiera por una temporada de la popularidad, que ya empezaba a resultarle indigesta, emprendía aquel viaje de vacaciones.

Atravesó el saloncito de estar y llegó al vestíbulo, donde ya tenía preparadas las maletas. Abrió la puerta.

—¿El señor Breckner?

Martin contempló al individuo que tenía ante sí. Le desagradó.

—Lo siento. Ya no concedo más entrevistas. Estoy de vacaciones. Creo que lo han dicho y repetido hasta la saciedad en todos, los periódicos, por la radio, por la televisión...

Martin vio que un puño ascendía raudamente hasta su mandíbula. Quiso esquivarlo, pero ya era tarde.

¡Craack!

Algo estalló con furia dentro de su cabeza. Cuando tocó la espesa alfombra del suelo, estaba ya tan dormido como un tronco.

El hombre que le había golpeado entró en el departamento. Dos más le siguieron en el acto.

—Buen golpe, Dude —murmuró uno de ellos.

Dude hizo crujir los nudillos con gesto lleno de satisfacción.

—Todavía conservo la formar —dijo.

El tercer individuo aún no había abierto los labios. Se adentró en la casa, recorriéndola rápidamente.

Regresó al vestíbulo.

—No hay nadie —expresó al fin...

—¿Cree que servirá, señor Stacker?

—Por supuesto —respondió el hombre que había explorado el departamento—. Si hubiéramos pescado a un tipo, es un decir, claro, y luego lo hubiéramos llevado a un especialista en cirugía estática, no lo habrían dejado tan bien como hubiésemos querido.

El tercer individuo, Lunghi, rio de modo siseante.

—Fue una suerte que se le ocurriera ver aquella fotografía, ¿eh, jefe?

—Desde luego —contestó Stacker—. Pero hemos de darnos prisa. Vamos, despertad a ese tarugo.

Dude se arrodilló al lado del caído y empezó a darle suaves palmaditas en las mejillas. Lunghi registró la casa, volviendo a poco con una botella y

una copa en la mano.

Breckner entreabrió torpemente los ojos. Una mano le levantó la cabeza. Otra le acercó una copa.

Bebió. El alcohol corrió como fuego por sus venas.

De pronto recordó. Se sentó en el suelo de golpe, mirando a los tres hombres que le rodeaban.

—¡Eh, oigan! ¿Qué diablos hacen ustedes en mi casa? ¿Quién diablos les dio permiso para entrar aquí?

Dude se inclinó. Agarró a Breckner por debajo de los sobacos y le puso en pie de un golpe.

—No se subleve, hermano —dijo—. Escuche lo que tienen que decirle.

Stacker se enfrentó con el escritor. Sacó del bolsillo un revólver de cañón corto, calibre 33, lo enseñó y luego se lo volvió a guardar en el mismo sitio.

—Escuche, Breckner. Va a venirse con nosotros. No pretendemos hacerle ningún daño. Saldremos los cuatro juntos, como si fuéramos amigos de toda la vida. Ahora bien, mi revólver le estará apuntando constantemente. Si hace el menor gesto sospechoso, cuente con que le lleno la tripa de plomo. ¿Enterado?

Martin entrecerró los párpados.

—¿Qué es esto? ¿Un rapto? Oiga, si quieren dinero, tengo a mano mi libreta de cheques...

—No es dinero lo que nos hace falta, sino usted —atajó Stacker, secamente—. Vamos, camine.

Martin se pasó la mano por los cabellos.

—No lo entiendo —dijo.

—Tampoco es necesario. ¡Andando!

Martin examinó los rostros de los otros dos individuos. Dude y Lunghi permanecían impassibles. Martin se dio cuenta de que no podía esperar la menor compasión por parte de la pareja.

Pensó que, de todos modos, no querían hacerle daño; de lo contrario, ya no se habría despertado. Resignado, alzó los hombros.

—Está bien.

Se dirigió hacia la puerta. Dude, que era el forzudo del grupo, le agarró del brazo.

—Cuidado con lo que haces, manchacuartillas —le advirtió al tiempo de franquear el umbral.

Martin se limitó a dirigirle una mirada desdeñosa.

Llegaron al ascensor. Lunghi oprimió el timbre de llamada.

Mientras esperaban, Stacker dijo:

—Advierta en recepción que ya vendrán a buscar su equipaje, ¿enterado?

—No hace falta que lo diga —refunfuñó el joven—, hartos lo saben

ellos.

Llegó el ascensor. El encargado de su manejo abrió una boca de oreja a oreja.

—Buenas noches, señor Breckner.

—Hola, Sammy —saludó Martin, alegremente.

El ascensor perdió altura.

—¿De vacaciones ya?

—Así es, Sammy.

El ascensorista sacudió la cabeza.

—¡Qué envidia me da usted, señor Breckner!

—Sí, en Miami pienso pasarlo estupendamente.

—Hace bien, qué demonio. Para eso es usted joven y gana el dinero a patadas. Yo también haría lo mismo si pudiera.

El trío de forajidos asistía al diálogo con gesto impasible. Sammy los estudió furtivamente, decidiendo en su ánimo interno que el famoso escritor tenía unos amigos bien especiales. Clare está, añadió para su coleteo, que un escritor siempre tenía que rozarse con toda clase de gentes.

El ascensor se paró. Sammy abrió la puerta.

—Feliz viaje, señor Breckner.

—Gracias, chico.

Los cuatro hombres cruzaron el amplio vestíbulo del edificio. Al pasar por el mostrador de la recepción, Martin se acercó al conserje.

—Mi equipaje está arriba. Luego vendrán a recogerlo.

—Sí, señor Breckner —contestó el hombre—. Que tenga usted un feliz viaje.

—Gracias, Mac.

Continuaron su camino. Martin continuaba preguntándose a dónde diablos podían ir, sin que se atreviera a formularse la menor hipótesis, por hallarse totalmente desconcertado.

En la puerta del rascacielos había una gran *limousine* de color negro. Lunghi se sentó en el asiento del conductor, mientras que los otros tres lo hacían en el posterior.

El coche arrancó en silencio. Una hora más tarde se hallaban en el aeropuerto.

A cada momento que transcurría, la desorientación de Breckner subía de punto. Sus guardianes apenas si hablaban con él más de lo necesario. Por supuesto, no le habían impedido fumar ni desenvolverse con toda normalidad, pero habían mantenido sobre él una estrecha vigilancia que no cesó un solo instante.

Con gran asombro de Martin, no subieron a uno de los grandes aviones de línea que había en el aparcadero de la estación de pasajeros. Stacker se encaminó hacia el mostrador de información, regresando a poco con un empleado de uniforme.

El empleado les acompañó hasta una pista secundaria, sobre la cual había un esbelto bimotor de pasajeros.

Martin fue obligado a subir al avión. Stacker le indicó un asiento.

—Sujétese con el cinturón.

Martin obedeció. Uno de los tipos cerró la portezuela. El joven dedujo que el piloto debía hallarse ya en su puesto.

De pronto, una mano que sostenía un vaso mediado de un extraño licor aparecido ante su rostro.

—Beba.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Martin, reticente.

—Beba —ordenó Stacker, imperativo—. Detrás de usted hay una pistola apuntada directamente a su nuca.

El joven no se molestó en comprobar la amenaza.

Bebió. El líquido sabía amargo. Martin pensó que debía tratarse de algún narcótico.

La mano que sostenía el vaso desapareció. Un minuto después, Martin empezó a notar una extraña languidez.

Oyó roncar los motores del aeroplano. Se dio cuenta de que este rodaba sobre la pista.

Las luces del aeropuerto empezaron a alejarse. Pero Martin no pudo asegurar si habían despegado ya o era que el narcótico comenzaba a surtir efectos.

CAPÍTULO II

Stacker enseñó su pase al guardia de la cárcel.

—Soy el abogado de Perry Dashiell —dijo.

El guardián se echó a un lado.

—Pase —dijo. Y añadió—: Entre en la sala que hay a mano derecha.

—¿Para qué? —inquirió Stacker.

—Lo siento. Bebemos registrarle minuciosamente.

—Como abogado estoy exento de tales formalidades —protestó Stacker.

El guardia levantó los hombros.

—¡A mí qué me cuenta! —gruñó abruptamente—. Abogado o no, tiene que ser registrado. Ordenes son órdenes, ¿comprende?

—Protestaré ante la Asociación de Abogados de San Francisco, por el trato que se inflige en esta cochina cárcel de pueblo —vociferó Stacker a pleno pulmón.

—Proteste usted ante el Gran Lama si quiere. Pero entre para que lo registremos. Nadie verá a Dashiell sin cumplir con esta formalidad, ¿estamos?

Stacker chillaba porque convenía mejor así a sus planes. Pero, en realidad, tanto daba que le registrasen; no llevaba encima nada que pudiera comprometerle en absoluto.

Diez minutos más tarde, estaba en presencia del detenido.

Stacker y este hablaron a través de la reja que cerraba el acceso a la celda. En aquellos momentos, Perry Dashiell era el único ocupante de la cárcel del pequeño pueblo de Boulton Fields, cerca ya de los límites de Nevada y California.

—¿Y bien? —preguntó ansiosamente el preso.

—Todo ha salido a las mil maravillas. El fulano está en nuestras manos. —Stacker y su interlocutor hablaban bajo, moviendo apenas los labios.

Dashiell se agitó inquieto.

—Ojalá sea como dices —rezongó.

—¡Maldito idiota! —le increpó Stacker—. Tienes el dinero a patadas, puedes conseguir todas las mujeres que te dé la gana... y fuiste a enredarte con aquella individua, a la que luego acabaste degollando.

El preso se pasó la mano por la cara, muy nervioso.

—No sé lo que me paso, créeme. Primero se mostraba tan

complaciente... pero luego, de repente, cambió, Eso me volvió loco, te lo aseguro.

—Los siquiатras te han declarado cuerdo. Además, las ropas de la chica estaban completamente destrozadas. Eso indica que hubo ultraje al pudor.

—¡Yo no le hice nada de eso! —barbotó Dashiell.

—Por lo menos lo intentaste. La cosa podría haberse salvado, si la hubieras dejado en paz, pero en lugar de ello, le rebanaste el pescuezo nada menos que con un trozo de botella rota.

—En resumen, que me espera la horca.

—Así es, según las leyes de este Estado —repuso Stacker fríamente.

—Pero yo te pago para que me saques de este maldito embrollo —rezongó el preso.

—Claro que sí —Stacker le miró despreciativamente—. Por eso lo hago, por tu maldito y podrido dinero.

Dashiell soltó un bufido.

—Pues si tanto te molesta mi dinero, ¿por qué no lo envías al diablo?

—¿Y quién rayos te iba a sacar de este lío? Ni tu tocayo Masón, que existiera realmente lograría evitar una condena a muerte. Eso lo sabes tú muy bien. Quizá no existiera el ultraje al pudor; los médicos no acaban de ponerse de acuerdo; pero las ropas desgarradas indican que hubo resistencia por parte de la fulana. Tu suerte, en medio de todo, fue que te detuvieras en este poblacho. En una capital mayor, con mucha más vigilancia, no te salvaría ni el mago ese de la lámpara de Aladino.

—Déjate de broma, demasiado lo sé —refunfuñó el preso—. Bien, ¿qué me cuentas del tipo?

—Lo tenemos en la casa que hemos alquilado en las afueras. —Stacker hizo un gesto con la mano—. Echa la cara hacia atrás.

—¿Para qué?

—Quiero observar mejor la cicatriz que tienes en el pómulo.

—¿No tienes bastante con las fotografías?

—No, y calla si quieres salir de aquí.

El preso apretó los labios y escorzó un poco el cuello hacia atrás. Mantúvose en la misma posición hasta que el abogado le dijo que podía relajar la postura.

—Bien, ya está.

—¿Y qué más?

—Esta noche le haremos la cicatriz. Tenemos aún tres semanas de tiempo, más todavía, si consideramos que no lo traeremos aquí hasta el día siguiente del juicio.

—¿Cuál es tu plan?

—Hoy no lo he podido ultimar. He de esperar la ocasión propicia y traeré cera de grabar para sacar el molde de la llave de las puertas. Las

celdas se abren con la misma llave. Para la que cierra el corredor haremos otra.

—¿Y si te registran a la salida?

—Te daremos los moldes a ti. Tú los lanzarás a través de la reja de la ventana. Uno de mis hombres estará esperando el momento al otro lado.

—¿Los guardianes?

—Estoy estudiando el modo de ponerles un narcótico en la cena.

—Supongamos que se duermen. Hay dos constantemente, como habrás visto. Uno en la puerta del corredor y otro en la de la calle.

—El narcótico surtirá efectos durante diez minutos, tiempo más que sobrado. A los dos les parecerá que se han quedado traspuestos durante unos momentos. Ninguno querrá confesar al otro que se ha quedado dormido. Para entonces ya estarás muy lejos de aquí y el fulano habrá ocupado tu sitio.

Dashiell se frotó la mandíbula.

—¿Cree que picarán?

—Claro que sí. Os parecéis los dos como una gota de agua a otra gota, salvo en la cicatriz del pómulo.

—Y salvo en otra cosa, Stacker.

—Habla, Perry.

—Las huellas digitales.

Stacker sonrió con aire de superioridad.

—Problema resuelto. Pero tú tendrás que poner también un poco de tu parte.

—Lo que sea —exclamó el preso nerviosamente—. Pero sácame de aquí cuanto antes.

—Habrás de esperar a que se haya celebrado el juicio —expresó el abogado fríamente—. No podemos enviar a Breckner ante el jurado; eres tú, *tú precisamente*, el que ha de ser condenado a muerte. Sus protestas podrían impresionar acaso al jurado, pero no causarán el menor impacto en los guardianes una vez condenado, ¿comprendes? Siempre creerán que tratas de eludir tu responsabilidad... cuando lo cierto es que te hallarás ya a muchas millas de aquí.

—Ojalá sea como dices —murmuró el preso lúgubrementemente.

—Será —contestó Stacker con firmeza Abrió su portafolios—. Y ahora tienes que firmarme unos cuantos papeles.

—¿Para qué? —preguntó Dashiell con reticencia.

—Necesito dinero. Tú también lo necesitarás después. Tendré que realizar parte de tu fortuna en papel, ¿comprendes? Luego no podrás firmar un cheque, porque Perry Dashiell, el millonario alegre y juerguista, habrá sido ejecutado en la horca, en la penitenciaría de Estado.

—Puedes quedarte con el dinero —alegó el preso, sin vencer del todo su suspicacia.

—Puedo, en efecto —concordó el abogado—. Pero no te queda otro remedio que fiar en mí. O acabar en la horca.

Las últimas palabras del abogado vencieron finalmente la resistencia de Dashiell, el cual empezó a firmar los documentos de inmediato.

—Tendremos que hacerlo en varias etapas, a fin de no levantar demasiadas sospechas —dijo Stacker.

—¿Y si empezaran a hacer preguntas?

—Líjalo de mí cuenta. Hasta ahora he administrado tus bienes a tu entera satisfacción, ¿no?

—Eso es cierto —rezongó Dashiell, recordando que en cierta ocasión, y sin previo aviso, había enviado un contable jurado para inspeccionar los libros de Stacker. El contable no había encontrado nada reprochable en la administración del abogado, pero Stacker había jurado que un día se cobraría la deuda.

Ahora había empezado el tiempo de cobro. Sacaría a Dashiell de la cárcel, pero le costaría caro. Muy caro, ciertamente.

Guardó los documentos en la cartera.

—Ten ánimo, Perry —dijo en voz alta, para que le oyera el guardia estacionado en la puerta del corredor de celdas—. La cosa no está tan mal como parece.

Y se dirigió hacia la salida.

Mientras caminaba, echaba pestes contra Dashiell.

—Maldito estúpido. Con todo el dinero del mundo... y enredarse con una mala pécora que no valía diez centavos. Si hubiera tenido que trabajar como yo, desde los once años... pero no, nació ya con dinero y nunca se atrevió nadie a negarle un capricho ni a contrariarle en lo más mínimo. Y solo se le ocurre degollar a la única persona que le dio una negativa... en un asunto para conseguir el cual solo hubiera tenido que levantar el dedo... y le hubieran sobrado aspirantes al dudoso honor de ser invitadas a cenar por ese condenado hijo de perra puerco bastardo, así se lo lleven los demonios... cuando yo me haya cobrado la deuda que me debe...

Y pensando tan «agradablemente» acerca de su defendido, Patrick Stacker, abogado en ejercicio, abandonó la cárcel de Boulton Fields.

CAPÍTULO III

Martin Breckner se encaró con uno de sus guardianes.

—Bueno, ¿se puede saber cuándo voy a salir de aquí?

Dude contestó secamente:

—No.

El escritor crispó los puños.

Hacía ya unas cuantas horas que habían llegado a aquella casa. Bueno, el momento de la llegada él no podía saberlo, porque los efectos del narcótico habían durado hasta después de amanecer. Pero era ya el mediodía y todavía no le habían dicho nada acerca de cuál iba a ser su suerte.

—¡Quiero salir de aquí! —vociferó—. ¿Lo oyes? Pedazo de mula, hijo de un chimpancé leproso y de una mona tísica, quiero salir de aquí.

Dude no se inmutó. Un poco más allá, Lunghi, sentado a la bartola en un sillón, se entretenía en limpiarse las uñas con la punta de una navajita de resorte.

—¡Ji, ji! —rio al oír los insultos del prisionero.

Dude no se inmutó. Tenía órdenes estrictas al respecto y las cumpliría por encima cualquier consideración. La cosa iba a durar cuatro o cinco semanas, de modo que al acabar se encontraría con la linda suma de ocho o diez mil «pavos». El último jefecillo de *gang* para el que había trabajado le pagaba cuatrocientos. ¡Bah! una porquería. Stacker sí que sabía ser generoso. Además había dejado entrever la posibilidad de una buena prima al terminar el jaleo.

Breckner empezó a pasearse por la estancia. Las ventanas estaban sólidamente cerradas y la puerta vigilada con todo celo por la pareja de pandilleros. La huida, por la violencia, resultaba imposible. Tenía que pensar en un medio de escapar, pero él, que tan fértil de imaginación había sido en sus novelas, no encontraba ninguno.

Físicamente estaba bien. Lo único que sucedía era que no practicaba apenas el deporte. De lo contrario, se habría atrevido a enfrentarse con los dos tipos que tenía frente a sí, sin importarle las armas que pudieran llevar encima.

De todas formas, la violencia no era solución. Se imponía emplear la astucia. Y si por el momento su vida no parecía correr peligro alguno, tiempo tendría de dar con un medio de escapar de allí.

La casa en que estaba encerrado se hallaba situada en las afueras de

una pequeña población —Martin ignoraba cuál—, y se componía de planta y primer piso. El escritor ignoraba todavía la disposición del edificio; realmente, no había salido de aquella estancia más que para ir un par de veces al lavabo, aunque, eso sí, ferozmente acompañado por la pareja de esbirros que no le quitaban ojo de encima.

Faso un largo rato. Martin encendió un cigarrillo.

—Bueno ¿no me dicen nada? —preguntó.

Lunghi contestó:

—No.

Breckner se mordió los labios.

—Escuchen —dijo—, tengo dinero. Puedo ofrecerles mucho dinero, todo el que quieran...

—Cállese, me aburre —exclamó Dude perezosamente.

—Dinero —dijo Lunghi sarcásticamente—. Eso le pasa a cualquiera.

—No a ti, renacuajo canceroso —gruñó el escritor mordazmente—. Tienes cara de no haber visto un billete de cien dólares en toda tu asquerosa vida.

—Quizá —respondió Lunghi con flema.

—Pero, diablos —exclamó Martin—, ¿es que no se dan cuenta de quién soy yo? Puedo abrumarlos con una montaña de billetes...

—¿De verdad? —murmuró Dude.

—Claro que sí. Sólo tengo que firmar un cheque y...

—¿Dónde está tu libreta de cheques?

El joven se palpó los bolsillos. Ignoraba que durante su sueño, Stacker le había registrado minuciosamente, desposeyéndole hasta de las miguitas que llevaba en el forro de los bolsillos. Sí, había tenido consigo la libreta de cheques, pero Stacker no era hombre que dejase nada al azar y se la había guardado tranquilamente.

—Bueno, cuando me saquen de aquí —rezongó.

—Y una vez que lo hiciéramos, nos denunciaría usted a la policía —manifestó Lunghi sarcásticamente—. No, gracias por la oferta. Por ahora estamos bien con nuestra honrada pobreza —y celebró su propio chiste con una sonora risotada, coreada por Dude.

—Está bien —dijo Breckner—, sigan manteniéndome aquí. Cuando salga...

—... si sale —le atajó Dude.

Los cabellos del joven se erizaron.

¿Pensaban matarle? Pero no, eso no podía ser; le habían secuestrado para obtener de él un buen rescate. Aunque se daban casos en que, después de obtener el dinero, se mataba a la víctima.

Entonces, no le quedaba otro recurso que negarse a pagar el rescate. Sin embargo, se preguntó, ¿qué sucedería si le torturaban? No era ningún héroe, eso lo sabía él mejor que nadie. Los últimos años de molicie le

habían abandonado notablemente. Si esto le hubiera pasado cuando todavía era un triste periodista de tres al cuarto, que se pasaba el día dando tumbos por la calle en busca de noticias... entonces sí que se encontraba ágil y fuerte. Pero ahora... ¡bah! si hasta un niño podría derribarle con solo empujarle con el dedo índice sobre el pecho...

Sonó una puerta que se abría.

Dude se puso en pie, empuñando instantáneamente una automática de pavoroso aspecto. La mano de Lunghi se crispo en torno al mango de su navaja.

Dos hombres entraron en la estancia. Uno de ellos era Stacker. El otro resultaba perfectamente desconocido para el escritor. No podía saber que era el piloto del avión que le había traído Hasta allí y que atendía por Hamrin.

Stacker se detuvo a dos pasos del umbral. Miró fijamente al escritor.

—Dos gotas de agua —musitó.

—¡Eh! ¿Qué diablos está diciendo usted? —chilló Breckner. Se fue hacia él, lívido, descompuesto—. Escuche, maldito hijo de perra, quiero que me saquen de aquí. Lo exijo, ¿me oye? ¡Quiero que me saquen de aquí!

El rostro de Stacker se mantuvo impassible.

—Eso tardará aún algún tiempo —dijo.

Una oleada de cólera cegó a Breckner por un momento. Rojo de ira, levantó el puño para estrellarlo contra el rostro de Stacker.

Una mano le atenazó la muñeca, doblándole el brazo tras la espalda antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía. La articulación del hombro crujió.

Breckner lanzó un agudo grito. Gotas de sudor perlaron instantáneamente su frente.

—Si no se está quieto —dijo Stacker fríamente—, permitiré que Dude le arranque el tarazo sin anestesia.

Breckner jadeó.

—Está bien. Me quedaré quieto. Pero, por el amor de Dios, dígame que me suelte.

Stacker movió la mano.

—Déjalo, Dude.

El dolor se alejó. Breckner respiró profundamente.

—Al menos —gruñó, mientras trataba de componerse un tanto—, podrían decirme qué es lo que piensan hacer conmigo.

—Lo sabrá más adelante —respondió Stacker fríamente. Se volvió hacia el piloto—. En la cocina encontrarás alcohol y algodón. Tráete todo.

—Sí, señor Stacker.

El abogado llevaba un portafolios en la mano. Lo abrió y extrajo del mismo una gran fotografía.

—Sujetadlo por los brazos —ordenó.

Lunghi y Dude agarraron al escritor, cada uno por un brazo. Breckner no intentó resistirse.

Stacker puso la fotografía a poca distancia del rostro del escritor, aunque procurando que este no la viera. Sonrió mientras movía levemente la cabeza.

—Lo dicho: dos gotas de agua.

Hamrin volvió con una bandeja, sobre la cual se veía un frasquito con alcohol de 96° y un rollo de algodón.

—Déjalo sobre la mesa.

Hamrin obedeció. Entonces, Stacker se quitó la chaqueta.

Buscó con la vista. No tardó mucho en encontrar una copa de cristal. La tomó, colocándola sobre la bandeja. Destapó el frasco y llenó la copa de alcohol.

Con un algodón se limpió las manos meticulosamente. Mientras tanto, Breckner contemplaba en silencio aquella serie de operaciones, sin saber qué pretendía hacer Stacker.

¡Stacker arrancó una porción de algodón y la empapó en alcohol! Luego dijo:

—Lunghi, tu navaja.

—Sí, jefe.

Martin sintió un curioso vacío en el estómago. Tragó saliva.

—Eh, oiga, ¿qué diablos quieren hacer conmigo?

Stacker le miró de costado, sin responder. Sacó una caja de fósforos del bolsillo y prendió la bola de algodón, que había puesto en un rincón de la bandeja.

—Hamrin, tú detrás, sujetándole la cabeza.

—O. K.

Breckner sintió que dos fuertes manos le agarraban por el cráneo. Las manos de Lunghi y de Dude aumentaron su presión sobre sus brazos.

Stacker presionó el resorte y la navaja se abrió. Tomó un trocito de algodón y lo mojó en el alcohol, dejándolo a un lado, lejos de la llama.

Después paseó la hoja de la navaja por encima de la llama durante algunos segundos. Breckner sintió frío a la vista de aquellos preparativos.

El abogado tomó la navaja con la mano derecha y el algodoncito mojado en alcohol con la izquierda.

—Sujetadlo.

La presión de las manos se hizo casi intolerable. Martin empezó a temblar cuando vio que Stacker se le aproximaba.

El abogado limpió con alcohol su pómulo derecho. Luego tiró el algodón a un lado y regresó a la mesa a por la fotografía. Volvió junto al prisionero, colocando la foto a un lado, de modo que pudiera ver bien ambos rostros. La fotografía era de tamaño natural.

Vaciló un segundo. De pronto, apoyó la punta de la navaja en el pómulo del escritor.

Breckner chilló desesperadamente, debatiéndose como un energúmeno. Pero todos sus esfuerzos resultaron completamente estériles contra los tres hombres que le sujetaban férreamente.

La punta del estilete se hundió en su carne. Un dolor intolerable le subió hasta el cerebro. Aulló como un poseído.

Indiferente a sus gritos, Stacker continuó cortando. En una ocasión, Breckner, por encima de sus dolores, percibió el chirrido del acero con el hueso del pómulo. Algo caliente y húmedo empezó a correrle por la mejilla.

El corte sin embargo, no fue demasiado extenso; apenas cinco o seis centímetros. Súbitamente, las piernas de Breckner flaquearon. Dobló la cabeza a un lado; había perdido el conocimiento.

—Mejor así —dijo Stacker fríamente, empezando a restañarle la sangre con todo cuidado.

CAPÍTULO IV

Syra Lyndon era una muchacha muy bonita, de unos veinticinco años de edad, alta, fina, espigada, con todo el tipo de una maniquí parisina, pero con más gracia aún en sus movimientos. Tenía unos cabellos muy rubios, unos ojos azules como el mar y un rostro encantador. Además, era propietaria y directora del *Boulton Fields Times*.

Pese al pomposo título, el periódico era semanal; la ciudad no daba para mantener un diario, ni aún con un crimen como el que se había cometido recientemente. Los diarios tenían que venir de la capital del condado. Sin embargo, Syra se defendía muy bien con su semanario; a la gente de Boulton Fields le gustaba enterarse de los chismes de la vecindad y Syra procuraba complacer a sus conciudadanos en la medida de lo posible, cuidando, eso sí, de no publicar nada que pudiera ser objeto de un pleito por difamación.

Además de directora y redactora jefe, tenía a su cargo la sección de modas, consultorio del hogar y consultorio sentimental. De la sección de publicidad —y de las pocas restantes—, se encargaba un hombre ya de edad, Milt Hawor, quien ya trabajó con el padre de Syra, del cual había heredado la muchacha el periódico. Barry Stapps, de sesenta años, un vejete alegre, dicharachero y un si no es borrachín, era el jefe de máquinas —el *Boulton Fields Times* solo disponía de una vieja minerva para hacer su no muy amplia tirada.

Para las fotografías, la muchacha utilizaba los servicios del fotógrafo de la localidad, Johnny Weddin, un joven de rostro pecoso y granujiento, que se pasaba el día suspirando por los innumerables —e indiscutibles— encantos de su jefe. De este modo, Syra conseguía ir viviendo sin agobios, pero también limitada a un estrecho horizonte de escasas o nulas posibilidades.

Hubiera podido vender el semanario y dirigirse a una gran urbe en demanda de trabajo. Sin embargo, Syra era una muchacha sensata y juiciosa y conocía de sobra —por ajenas experiencias, claro está— las desagradables sorpresas que solían dar las grandes ciudades a las chicas que se lanzaban alegremente a su conquista. Para regresar fracasada y arrumada un día o, quizá, terminar de una manera mucho peor, prefería continuar como estaba, confiando vagamente que la suerte la pusiera algún día en el camino de algo sensacional que la apartase de la monótona rutina de su vida.

La semana anterior, al hacer el balance, había notado una ligera disminución en los ingresos. Se dijo que tenía que hacer algo para atraer la atención del público nuevamente. Si los comerciantes de Boulton Fields se olían que la tirada del *Times* disminuía, empezarían a retirar sus anuncios, en cuyo caso la quiebra se adivinaba segura.

Por fortuna para Syra, contaba con un elemento que podía reactivar la momentáneamente decaída circulación de su semanario. Le repugnaba tener que utilizar semejante recurso, pero debía pensar, no solo ya en su propia supervivencia, sino en la de los dos hombres que dependían de ella.

En razón de tales consideraciones, pues, se encontraba aquel día caminando por la acera derecha de Mulliner Street, en dirección al edificio donde estaba instalada la oficina del comisario local y la cárcel, con el fin de entrevistar al acusado.

Cuando estaba ya cerca de la cárcel, se tropezó con la obesa y mantecosa señora Halloran. La señora Halloran había sido muy amiga de sus padres y la demostraba su afecto con grandes aspavientos cada vez que veía a la muchacha.

—¡Querida Syra! —exclamó, oprimiéndola contra su voluminoso seno—. ¡Cuántos días hace que no te veía! ¿Dime, te encuentras bien? Oh, sí, claro, no hay más que ver el aspecto tan espléndido que presentas... Querida, eres igual que yo cuando tenía tus años... Sam se volvía loco por mí... bueno, no irás a creer que Sam era el único que recreaba sus ojos en mi tipito, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó la muchacha cortésmente, tratando de atajar la desatada verborrea de la obesa dama.

—Sí, aquellos eran otros tiempos —suspiró la señora Halloran, haciendo que sus senos globulosos se agitaran con temblores de gelatina—. Ya se pasaron... pero para ti todavía es tiempo, queridita. ¿Qué hacen los hombres de Boulton Fields que te dejan ir sola por la calle? Ah, a propósito, el otro día hice el pastel de albaricoques, según tu receta. ¡Qué maravillo, qué textura tan delicada, qué aroma, qué sabor tan delicioso! Sam repitió hasta quedar ahído...

La señora Halloran mentía bellacamente. Su marido, Sam Halloran, había probado el pastel y luego, sin pronunciar palabra, había puesto el plato bajo la mesa, para el gato. El gato lo olió y salió haciendo «¡fu!» a cien por hora. La receta estaba bien; lo que pasaba era que la señora Halloran era una pésima cocinera que apenas si sabía salir de las patatas al vapor y los filetes a la plancha.

—Celebro mucho que le gustase mi receta, señora Halloran —dijo la muchacha—. Y ahora, si me lo permite...

—¡Qué! ¿Tienes prisa? Claro, los periodistas, siempre de un lado para otro a la caza de noticias... ¿No tienes ninguna que darme, preciosidad?

—Por ahora no, señora Halloran. Estoy tratando de obtenerla.

—Pero, al menos, podrás anticiparme algo, ¿verdad?

Syra decidió que ya era hora de quitarse de encima a aquella mujer tan pegajosa como el papel atrapárnoslas. Ensayó lograrlo, confiándole sus propósitos.

—Voy a ver si me permiten sostener una entrevista con Perry Dashiell, señora Halloran.

—¡Oh, Perry Dashiell, el asesino! Qué emocionante, ¿verdad, hijita? Hacía muchos, muchos años que no se había cometido en Boulton Fields un crimen tan sensacional como el que cometió ese forajido. Entonces yo era una niña, todavía no me habían puesto de largo; figúrate; era el año mil...

La señora Halloran carraspeó. Se puso colorada como una langosta recién cocida.

—Bueno, no importa ahora el año, chiquilla. Que tengas suerte, mucha suerte; te prometo leer el periódico sin falta. Adiós, Syra, adiós.

La joven suspiró aliviada. «¡Uf, creí que no se iba a marchar nunca!», pensó para sus adentros, añadiendo que si la señora Halloran hubiera tenido media docena de hijos de los cuales ocuparse, con toda seguridad habría dedicado muchísimo menos tiempo al chismorreó y a la ociosidad.

Continuó su camino. Pocos minutos después entraba en la oficina del comisario de la localidad.

—Buenas tardes, señor Carver —saludó.

El comisario se puso en pie. Era un hombre de mediana edad, cuyo rostro enjuto y enérgico estaba adornado por unos grandes mostachos que ya empezaban a grisear. Sobre la camisa caqui de uniforme llevaba la placa que era la insignia de su cargo. Del cinturón le pendía una funda con una pesada pistola de ocho tiros.

—Hola, muchacha —saludó Carver afablemente—, ¿qué le trae por aquí?

—Quiero que me conceda usted una entrevista con el prisionero, *sheriff*.

Carver torció el gesto.

—¡Hum! —dijo—. No sé si querrá...

—¿Quién es el que ha de quererlo, usted o Dashiell?

—El, muchacha. Es un hombre intratable. No me extraña que cometiera un crimen tan repugnante como... Bueno —Carver se puso muy colorado—, no quiero entrar en detalles. Vamos a ver si ese pajarraco suelta la lengua.

—Gracias, señor Carver —sonrió la muchacha.

El comisario se puso en pie y tomó un pequeño manojito de llaves. Luego caminó hasta la puerta de separación de la oficina con el corredor de celdas. Le cerradura chirrió.

—Maldita sea, nunca me acuerdo de echarle aceite —gruñó, abriendo

y haciéndose a un lado—. Pase, Syra.

Ella cruzó el umbral. Carver cerró a sus espaldas.

—La dejó sola con el preso.

—Gracias, comisario.

Los tacones de Syra resonaron sobre el cemento del corredor. Este disponía de ocho celdas, cuatro a cada lado. Syra caminó hasta encontrar la única ocupada.

Perry Dashiell estaba tendido en el lecho, con las manos bajo la nuca, silbando apagadamente una conocida melodía. Al ver a la muchacha, se puso en pie de un salto.

—¡Caramba! ¡Qué aparición! ¡Es la primera vez que veo una cárcel con ángeles! ¿De dónde ha salido usted, hurí de Mahoma?

—Señor Dashiell, me llamo Syra Lyndon.

—¡Syra! Lo dicho, un nombre angelical. —Dashiell se acercó a la reja, aferrándose a los barrotes con ambas manos. Su mirada devoró codiciosamente las suaves líneas de la esbelta figura de la muchacha, haciéndola ruborizarse más todavía—. Belleza, es una lástima que no esté yo en la calle; me iba a arruinar por usted, se lo juro.

—Por favor —dijo ella, muy azorada—. No he venido aquí para escuchar elogios, señor Dashiell.

—Bueno, es que se necesitaría estar ciego, sordo y mudo para no elogiarla, hermosura. ¡Qué visita tan estupenda! En cuanto salga de la cárcel...

Syra miró al preso. «Lo que veo muy difícil», pensó.

Levantó la voz.

—Señor Dashiell, soy redactora del *Boulton Fields Times*. He pensado someterle a un interrogatorio...

La expresión de Dashiell cambió radicalmente.

—¡Una periodista! —dijo con tono venenoso.

—Así es. De modo que si usted quiere...

—¡No quiero nada! —vociferó el preso—. No tengo ganas de periodistas. Estoy harto de mandarlos a todos al diablo... Usted puede acompañarlos, ¿me oye?

—Pero, señor Dashiell —exclamó Syra, enormemente asombrada de aquella súbita explosión de ira.

—¡Váyase al infierno, entrometida! ¡No quiero aquí ninguna mala pécora tratando de entrometerse en mi vida privada! ¡Fuera, perra!

Syra retrocedió un paso, más desconcertada que asustada. Jamás en su cuarto de siglo de existencia la habían dirigido una serie semejante de epítetos. La boca de Dashiell sembraba una cloaca vertiendo toda clase de inmundicias verbales.



Colonne 82

Parecía borracho

La puerta del corredor se abrió de pronto y el comisario entró a todo correr.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué esas voces?

—¿Es que ni en la cárcel tiene uno derecho a estar tranquilo? —le apostrofo el preso—. No quiero periodistas, estoy harto de decírselo, comisario. Que se vayan todos al infierno y esta fulana relamida también. Tengo derecho a ello, ¿me oye? Estar preso en la cárcel no significa que haya de soportar a fisgones y demás canalla. ¡Fuera, fuera!

Carver tomó por el brazo a la muchacha.

—Vamos, Syra. Déjele y no haga caso de lo que le ha dicho. Al menos, dejemos que se desahogue. Antes de poco le impedirán para siempre seguir insultando a las gentes honradas.

Dashiell soltó una estruendosa carcajada.

—¡Que se cree usted eso, comisario! ¡Saldré de aquí, se lo aseguro, ya lo creo que saldré!

Los ecos de una risa homérica rebotaron por los encementados muros del corredor.

Carver hizo sentar a la muchacha en su propio sillón. Luego abriendo un armario, extrajo del mismo una botella y un vaso.

Sirvió una copa a la vez que sonreía.

—Beba, Syra, esto le hará bien. Pero —le advirtió—, cuidado con decirlo. De lo contrario las damas de la Liga Antialcohólica de Boulton Fields me crucificarían.

Syra sonrió débilmente. El alcohol la reconfortó.

—Descuide, no diré nada, señor Carver.

—Ah, y en cuanto a la entrevista, ponga lo que se le antoje. Diga en el semanario que Dashiell le insultó groseramente, que sepa la gente qué clase de personaje es. Cree que por tener millones podrá salir tan fácilmente de aquí. ¡Personaje asqueroso!

La muchacha sacudió la cabeza.

—Debo ser imparcial en mi reportaje, comisario. Delo contrario, el defensor podría hacer hincapié sobre el jurado de que la Prensa local ha predispuesto a la opinión en contra de su cliente.

—¡Tonterías! —bufó Carver—. Dashiell se tiene ganada la horca más que de sobra. Sally Jacobson era una joven alegre y ligera de cascos, pero no se merecía, en todo caso, la suerte que corrió a manos de ese sádico asesino. Le condenarán a muerte, téngalo por seguro.

CAPÍTULO V

Habían pasado diez días.

Martin Breckner notó de pronto una cosa.

—¡Eh, tú, pedazo de mula!

Dude levantó la cabeza.

—¿Sí? —contestó con un gruñido, enojado porque su atención había sido distraída momentáneamente de la tira de historietas futuristas que estaba leyendo.

—Mírame a la cara, hijo de perra.

Los insultos no hacían mella en el ánimo de Dude.

—¿Y...?

—¿Es que no te das cuenta de que llevo diez días encerrado y todavía no he podido afeitarme?

—¡Diablos! Pues es verdad —exclamó Lunghi. Se puso en pie—. Iré a buscar los trastos al cuarto de baño.

—La navaja está guardada con llave en mi maleta —dijo Dude. Perezosamente, sacó la pistola y encañonó con ella al prisionero—. Cuidado con mover demasiado las pestañas, chico.

Breckner miró al *gangster* despreciativamente.

—Un día te cogeré por mí cuenta y entonces te volveré del revés, como si fueras un guante.

—¡Tonterías! —resopló Dude.

—Bueno —dijo Breckner—, ¿qué hay de la oferta de veinticinco mil que te hice el otro día? Soy hombre que cumple su palabra...

—No —cortó secamente el pandillero.

Breckner había oído hablar mucho del honor entre forajidos y sabía que esta era una palabra vana. El honor de los rufianes estaba dictado por el miedo a las represalias; cuando tenían la seguridad de no ser traicionados, vendían a su mejor amigo por un trago de licor.

—¿Treinta mil, eh?

—¡Fuera! —masculló Dude.

Entonces vino Lunghi. Entró tarareando, naturalmente, el aria de «El Barbero de Sevilla».

—*Fígaro, Fígaro, Fígaro...*

—Oh, no —exclamó Martin exasperado—. Tormentos auditivos no.

—Oye, tú —exclamó Dude—. Eso de auditivo, ¿es un nuevo insulto?

—Si —barbotó Martin, mordiendo la afirmación.

—¿Y qué significa?

—Maldito bastardo multiplicado por mil veces.

—Ah, bueno —dijo Dude con indiferencia.

Lunghi dio una orden.

—Siéntate ahí, Premio Nobel.

El joven obedeció. Lunghi le colocó una toalla en torno al cuello y, sin perder tiempo, empezó a enjabonarle la cara.

Por unos momentos, Breckner pensó en usar a Lunghi como catapulta para lanzarlo contra Dude y tratar así de evadirse, pero pareció como si Dude le hubiese adivinado la intención. El rufián se sentó en una silla inmediata, de costado y a tres pasos de distancia, apoyando la mano armada sobre su rodilla. La pistola encañonaba firmemente el costado izquierdo del secuestrado.

—Muévete solo para respirar, ¿estamos?

Breckner contestó con un insulto impublicable. Lunghi le metió por la boca la brocha llena de jabón.

—¿No te han dicho que estuvieras callado, maldito?

Breckner escupió el jabón. Miró con ojos asesinos a Lunghi, pero este continuaba tarareando el aria de la ópera.

Al cabo de unos minutos, Martin estaba completamente afeitado. Lunghi dejó la navaja a un lado y puso un espejo ante la cara del prisionero.

—¿Eh, qué tal lo hago?

Instantáneamente Breckner soltó un aullido de cólera.

—¡Yo no he llevado bigote en mi vida! ¡El bigote me repugna!
¡Quítame esos pelos inmediatamente, mono de zoo!

Lunghi movió la cabeza sentenciosamente.

—Imposible. El jefe lo ordenó así. —Y con toda tranquilidad, dejó el espejo a un lado.

Una oleada de cólera hirvió en el pecho del escritor. Sin poder contenerse, levantó el pie derecho, golpeando sañudamente la rótula del improvisado fígaro.

Lunghi lanzó un aullido de dolor y empezó a dar una serie de ridículos saltos en torno a la habitación. Mientras. Martin se abalanzó hacia la mesa, con ánimo de coger la navaja de afeitar.

Sus dedos se cerraron sobre el mango de la misma. En el mismo momento sintió una terrible sacudida que, empezándole en la mano, subía por el brazo hasta su cerebro en intolerables oleadas de dolor.

Lanzó un bramido. La pistola de Dude se apoyó en su cráneo.

—No, no —dijo el forajido calmosamente—, eso no, señor escritor. Fuera de la mesa.

Martin se frotó los nudillos de la mano derecha, donde el cañón de la pistola le había golpeado con fuerza. Luego, mordiéndose los labios de

dolor, se retiró a un lado.

Lunghi volvió a la normalidad.

—Si no tuviera órdenes estrictas en contrario ahora mismo te sacaba las tripas, condenado —barbotó.

—¡Vete al diablo, eslabón perdido! —le apostrofó el joven, sentándose melancólicamente en una silla.

Tomó el espejo, contemplándose la faz en el cristal azogado. El bigote era un poco a lo Clark Gable y le confería un aspecto atractivo. Martin empezó a preguntarse si no había cometido un error al llevar limpio el labio superior.

Luego se miró el pómulo. La raja que le hicieran con la navaja aparecía ya curada. La cicatriz estaba todavía un poco tierna, pero en diez días más habría desaparecido todo posible peligro de que la herida se abriera de nuevo. ¿Por qué le habían hecho aquel corte en el pómulo?

Empezó a pensar. Stacker había dicho en alguna ocasión: «Dos gotas de agua». ¿Qué quería significar aquella frase?

Miróse notablemente al espejo. Con el bigote, su aspecto había cambiado notablemente y ni qué decir con la cicatriz del pómulo. Claro que era el mismo, pero así, al pronto, hubiera podido pasar desapercibido delante de un conocido. «Hombre se dijo, si uno se fijase mucho en mí, me reconocería enseguida, pero en un lugar medianamente concurrido y con algunas prisas, ni mi hermano sabría reconocerme».

De súbito una sospecha invadió su mente.

Dos gotas de agua.

¿A quién se parecía él?

¿A quién tenía que substituir?

Una garra helada enfrió su corazón. Aquellos individuos iban a hacerle pasar por otro muy parecido a él fisonómicamente. Absurdas historias de espionaje cruzaron por su imaginación como un explosivo torbellino de alocadas imágenes.

O quizá se trataba de representar un papel para percibir alguna herencia de mucha importancia.

Una cosa estaba fuera de toda duda: él era Martin Breckner, pero dentro de poco tendría que ser otra persona. ¿Quién era este hombre? ¿Qué papel iba a desempeñar en su nueva personalidad?

Lo ignoraba.

Hamrin entró de pronto. Venía echando chispas.

—¡Maldita sea! Si no fuera porque...

—¿Qué te sucede? —preguntó Lunghi, que ya había recogido los útiles de afeitar y vuelto a su inveterada costumbre de limpiarse las uñas con la navaja.

—El condenado dueño del restaurante. Me tiene harto, os lo aseguro.

Lunghi soltó una risita.

—Por el día te hinchas de fregar platos.

—Y por la noche tengo que vigilar a este gahnápiro —refunfuñó el piloto.

—Calla, que buenos dineros te ganarás cuando haya terminado todo.

—Ya tengo ganas de ver las «hojas de lechuga». Hasta ahora, solo han sido promesas.

—Stacker es mi tipo que cumple, te lo aseguro.

—Ojalá sea así —suspiró Hamrin, no muy convencido.

En aquel momento entró el personaje de quien estaban hablando.

Stacker traía en la mano una gruesa valija de cuero. Arrojó una mirada de indiferencia hacia el preso.

—¿Cómo marcha la cosa?

—Estupendamente, por ahora —contestó Dude.

—Bien —dijo el abogado. Se acercó a Breckner y le examinó atentamente—. Lo dicho: dos gotas de agua.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —refunfuñó el preso.

Stacker le volvió la espalda con gesto de olímpico desdén.

—Tú, Hamrin, y tú, Lunghi, venid conmigo. Dude, cuídate del escritor.

—O. K., jefe.

Stacker salió de la habitación, seguido por la pareja de esbirros. El abogado aferraba la valija con mano firme, aunque procurando dar a su gesto un aire de indiferencia.

Subieron al piso superior, encerrándose en la habitación que ocupaba el abogado.

—Cierra, Lunghi.

El tipo obedeció. Acto seguido, el abogado se encaró con Hamrin.

—¿Qué tal por el restaurante?

Hamrin hizo una mueca.

—Demasiados platos por lavar —rezongó.

—Cuando todo haya terminado, te habrás ganado un buen montón de billetes.

—De momento, podía adelantarme un par de cientos —murmuró Hamrin, descontento.

—Cuando estemos listos —dijo el abogado con voz firme y terminante—. No quiero precipitaciones o resbalones que puedan comprometer el buen éxito de la empresa, ¿estamos?

Hamrin se encogió de hombros.

—Sigamos —ordenó Stacker—. Cuéntame del restaurante.

—A las siete y media se llevan la cena para los guardianes de la cárcel.

—¿Quién la lleva?

—La sobrina del dueño...

—¿Qué tal es?

—Psé —el piloto hizo un gesto de Indiferencia.

—Hazte amigo de ella. Trata de conquistarla. Incluso, en tu día libre procura sacarla de paseo o llevarla al cine. Gánate su confianza.

—Sí, jefe.

—A las cuarenta y ocho horas del juicio, es decir, dos días más tarde, deberás llevar tú la cena a la cárcel. Búscate el motivo que sea, di que una chica tan bonita no debe cansarse, en fin, eso lo dejo a tu discreción.

—Comprendo. Incluso, si le parece, puedo hacerlo un par de veces antes. Conviene que los guardias me vayan conociendo y tomando confianza también.

—Esa es una buena idea. Hazlo.

—Sí, jefe.

—Con tiempo suficiente, yo te daré un narcótico. ¿Qué beben los guardias?

—Limonada y café. Nada de alcohol. El jefe se lo tiene prohibido terminantemente.

—¿Qué es lo que toman primero?

—El refresco, claro.

—Bien, echarás el narcótico en el café. Si empiezan a cenar a las siete y media, a las ocho han terminado ya. A las ocho y cinco actuaremos nosotros.

—¿Y las llaves?

Stacker sonrió sibilinamente. Metió mano en el bolsillo y sacó dos llaves.

—Una copia perfecta —dijo.

—No la habrá hecho aquí, ¿verdad? —preguntó Lunghi.

—¿Me crees tan tonto como para eso? —refunfuñó el abogado—. Bueno, tú ya sabes lo que tienes que hacer, Hamrin.

—De acuerdo.

—Lunghi, tú y Dude no perdáis de vista al preso.

—Sí, jefe.

—Cuando llegue el momento, terminaré de dar las últimas instrucciones.

—¿Y la pasta? —preguntó Hamrin desvergonzadamente.

—Después. Una vez hayamos sacado a Dashiell de la cárcel.

Hamrin rio con gesto cínico.

—Por lo visto, usted no confía en sus dotes de abogado.

—Ni el propio presidente del Supremo conseguiría librar su cuello de la soga —respondió ásperamente el abogado—. Por eso he recurrido a este método.

—Y por el dinero, claro.

Stacker miró a Hamrin.

—Oye, ¿por qué estás aquí tú?

El piloto rezongó algo entre dientes.

—Está bien —dijo—. Mi turno de guardia empieza ahora. Dude y Lunghi pueden descabezar una siestecilla durante todo el día, pero yo me tiro doce horas en el restaurante.

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no? Además, para eso tu parte es algo mayor que la de tus compañeros.

—Usted tiene respuesta para todo —gruñó Hamrin—. Bueno, me voy. Stacker y Lunghi quedaron solos.

—No me dejéis un momento sin vigilancia al escritor.

—Nunca lo está, jefe.

—Eso me gusta. Recuerda, Lunghi, serán diez mil cuando hayamos terminado.

El rufián vaciló ligeramente.

—Una cosa, jefe.

—¿Sí, Lunghi?

—El asunto de los guardias está resuelto. Pero, ¿y el comisario?

—Se va a cenar a las siete y media. Es puntual como él solo.

—Bueno, con tal de que no se le ocurra echar un vistazo por la casa...

—No sabe que estáis aquí. Recuerda, todos los víveres los traigo yo desde muy lejos y con las contraventanas cerradas, no puede sospechar que hay aquí unas cuantas personas encerradas.

—Está bien. Voy a darle la cena al preso.

—De acuerdo.

Stacker se quedó solo en la estancia. Unos momentos después abrió la valija.

El abogado contempló extasiado los fajos de billetes que había dentro de la cartera. Poco a poco, haciéndolo cada vez desde un Banco distinto, iba realizando la enorme fortuna de Dashiell. Cuando todo hubiera terminado, tendría un millón en billetes, limpio de paja y polvo.

Entornó los ojos.

Sí, Dashiell escaparía. Pero no iría muy lejos. Él se encargaría de que así sucediese. En cuanto a los tres rufianes, con diez mil dólares cada uno tendrían más que suficiente. No, no le traicionarían; los tenía bien sujetos. Los tres tenían distintas reclamaciones y si intentaban más adelante hacerle un chantaje, con avisar a la policía, en paz.

Cerró la valija, dejando que flotase en sus labios una sonrisa de satisfacción. Sí, pronto tomaría su desquite contra Dashiell. Tuvo, sin embargo, la franqueza de decirse que, aunque no le odiase, también le habría traicionado.

CAPÍTULO VI

Mick Lubin, alias «El Pulga», tenía un vicio. Para él era una virtud, naturalmente, pero es que «El Pulga» no se había parado nunca a pensar que lo que él llamaba virtudes propias fueran vicios nefandos vistos desde el ángulo de la honradez.

El vicio de «El Pulga» consistía en merodear por los Bancos, atisbando a las personas que retiraban una cantidad de numerario superior a la que se precisaba para los gastos de la semana. Este procedimiento lo había proporcionado pingües —y no hay que decir ilegales rendimientos, pero ya está dicho que para «El Pulga» la palabra ley no existía.

Aquel día, en un Banco que no hay por qué nombrar para no complicar a sus funcionarios, que bien ajenos son a lo que sucedió, Mick vio a un elegante caballero que retiraba una importante cantidad de numerario.

Los ojos de «El Pulga» se dilataron como platos al divisar la serie de apretados fajos de billetes de cien dólares que el distinguido caballero retiraba de la caja, guardándolos en una valija de cuero marrón, de magnífica factura. Si un fajo tenía cien billetes, era evidente que el valor de cada uñó era de diez mil; dólares. Multiplicado esto por nada menos que veinte fajos, daba la impresionante suma de doscientos mil dólares.

Las fauces de «El Pulga» se secaron repentinamente. ¡Doscientos mil dólares! Un golpe semejante y ya no tendría que molestarse más en «trabajar» durante el resto de su vida. ¡Doscientos de los grandes! ¡Diablos, vaya fortuna!

El distinguido y elegante caballero salió del Banco con paso medurado. Mick se lanzó inmediatamente tras sus huellas, viendo que montaba en un discreto sedán negro, matrícula de California, número 10 E-4561.

Los ingresos de «El Pulga» le permitían usar coche. Un viejo pero confiable «Chevrolet» gris del año 58, que no llamaba la atención en ninguna parte. En previsión de cualquier emergencia, Mick Lubin tenía siempre llenos los tanques de gasolina y aceite. Esta vez hubo de felicitarse de sus dotes de previsión, porque el elegante y distinguido caballero de la valija de piel hubo de recorrer un trecho bastante largo antes de detenerse, al fin, en una casita aislada, situada en las afueras de una pequeña población cuyo nombre no había oído «El Pulga» hasta entonces.

Mick era un tipo que hubiera podido pasar desapercibido en la soledad de un estadio después del partido correspondiente. No es extraño,

pues, que pudiera vigilar tranquilamente la casa, dándose cuenta de que el caballero de los doscientos mil dólares era un abogado que visitaba a un preso en la cárcel local.

Para obtener un botín semejante, Mick era capaz de desplegar mucha paciencia. Así logró enterarse de que el caballero se llamaba Patrick Stacker y que era abogado de un millonario llamado Perry Dashiell, preso y acusado de asesinato y otras tropelías en la persona de una joven dama que en vida se había llamado Sally Jacobson.

El magín de Mick funcionaba rápida y certeramente. No tardó en deducir que el abogado tenía perdida la partida, y que estaba preparando todo aquel dinero para «engrasar» la fuga de su cliente, cuando viera que el jurado hacía hecho caso omiso de su oratoria forense.

A Mick le importaba un rábano que Dashiell fuera condenado o no. Pero lo que sí quería era apoderarse de aquel succulento botín que le iba a permitir vivir sin dar golpe el resto de sus días. Lo importante, ahora, era la forma mejor de llevar adelante el plan sin peligro alguno.

Entre unas cosas y otras, pasaron cuatro o cinco días. Una mañana, Stacker montó en su sedán negro y se encaminó hacia el Oeste.

«El Pulga» había adquirido ya los informes suficientes para saber que la casa donde había entrado el abogado estaba habitada. Y, seguramente, dedujo, por algunos gorilas que defenderían con uñas y dientes el dinero. Asaltarla por la noche no era solución. El problema estribaba en apoderarse del dinero de una forma más cómoda y por supuesto, menos peligrosa.

Stacker regresó cuarenta y ocho horas más tarde. La paciente espera del maleante se vio recompensada.

La valija de cuero venía otra vez repleta. Mick ignoraba que antes del primer viaje en que se enterara de la existencia de Stacker, este había realizado ya dos más. Por lo tanto, se equivocó al calcular que el abogado había reunido ya cuatrocientos o quinientos mil dólares. La cantidad, muy aproximada, que Stacker guardaba en la casa, rozaba los novecientos mil. «El Pulga» ignoraba también que Stacker tenía el propósito de hacer un último viaje en la antevíspera del juicio.

Después del regreso de Stacker «El Pulga» dio en pensar y se dijo que él solo no podría hacerse con el magnífico botín que se escondía en la casita. ¿Quién podría ayudarlo?

Chascó los dedos. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Tenía un amigo, un buen amigo, Randy Potts, alias «El Pinzas», un tipo que era capaz de cualquier cosa por obtener un billete de diez dólares, cuanto más cincuenta o sesenta, que era lo máximo que «El Pulga» pensaba darle. Bueno, quizá subiera la cifra a mil; no convenía tampoco mostrarse demasiado tacaño.

Mick Lubin era demasiado listo para usar el teléfono o los servicios de

la *Western Union Telegraphi*. Esto podía dejar rastros comprometedores y él quería salir del asunto con las manos completamente limpias... y llenas de las tan atractivas «hojas de lechuga». Así, pues, cuando estuvo seguro de que Stacker había vuelto con otro cargamento de «verdes», y puesto que aún faltaban tres días para el juicio, montó en el coche y salió arreando a toda velocidad en dirección a San Francisco, que era donde su amigo «El Pinzas» tenía la residencia habitual... cuando no estaba en la cárcel. Pero los astros favorecían a Mick Lubin; su amigo había concedido unas cuantas semanas de descanso a los funcionarios de San Quintín.

No tardó en encontrar a Potts. Sabía dónde hacerlo, y en cuanto se lo echó a la cara, lo arrastró hasta un rincón reservado del infecto tugurio que «El Pinzas» solía frecuentar.

—Randy —dijo sin más preámbulos—, tengo un buen trabajo para ti.

«El Pinzas» miró a su amigo con suspicacia:

—Tú no das un dólar sin esperar cien a cambio. ¿De qué se trata?

—Pasta en abundancia.

—¿Cuánto?

—Pongamos —dijo Mick cautelosamente—, diez o doce de los grandes.

«El Pinzas» torció el gesto.

—Estoy bajo palabra. ¿Quieres que cumpla en San Quintín los dos años y medio que me quedan por solo seis «sábanas»?

Lubin hizo la acción de levantarse.

—Por la mitad los tengo a puñados, Potts. Ya veo que tú no eres tan buen amigo como pretendes.

—Siéntate —gruñó el otro maleante—. Desembucha.

—Espera un poco. Pides demasiado. La mitad es mucho.

La protesta de «El Pulga» era más bien formularia que otra cosa. Después de todo, ¿qué eran seis grandes comparados con los trescientos noventa y cuatro mil que le quedarían después del golpe? La boca se le hacía agua solo de pensarlo.

—La mitad o nada —insistió «El Pinzas» tercamente.

—Está bien —gruñó Mick—. Lo hago, más que nada, porque eres mi amigo...

—¡Narices! Has dicho diez o doce mil, pero a ti te conozco yo lo suficiente para saber que al menos es el doble. Bueno —añadió Potts—, si la cosa es segura y nadie se entera, acepto por seis de los grandes. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Lubin miró a su compadre.

—Lo primero —dijo—, es comprarte ropa nueva...

—No tengo dinero.

«El Pulga» sacó un pequeño rollo de billetes. Contó treinta de a veinte y se los entregó a su compinche por debajo de la mesa.

—Toma, con esto tienes más que suficiente. Vístete elegantemente, pero sin estridencias. Nada de camisas amarillas y corbatas rojas y verdes, ¿estamos? Camisa blanca, corbata oscura, traje gris y zapatos negros. Aféitate bien.

—Chico, pues no eres tú nadie exigiendo —refunfuñó Potts.

Mick continuó imperturbable:

—Báñate a modo para que se te vaya ese maldito olor que te rodea como una aureola y no de santidad precisamente. Hazte la manicura y cómprate un pequeño maletín, en donde pondrás dos camisas, un pijama y los instrumentos de aseo, cepillo de dientes incluido, ¿estamos?

—Vaya, cualquiera diría que me vas a lanzar en paracaídas detrás de las líneas enemigas.

—Algo parecido. Mañana a las nueve, te quiero listo en la puerta de mi casa. Ya sabes dónde vivo, ¿no?

—Claro. Pero eso del maletín... ¿A dónde vamos?

—Ya lo verás. Tendremos que hacernos pasar por periodistas.

—¡Jesús! —se espantó «El Pinzas»—. Tú y yo periodistas. ¿Se hunde el mundo?

—No. Se va a celebrar un juicio por asesinato. No te preocupes, yo tendré preparadas dos tarjetas falsas de identidad. Sé quién me las tendrá listas para antes de mañana a las nueve. Cómprate también un bloc de papel y una pluma.

—Rayos, pero si casi no sé escribir.

—¿Y qué diablos importa? Con que te vean trazar unos garabatos en el panel es más que suficiente, ¿estamos? Bueno, y ahora lárgate a comprar todo lo que te he dicho.

«El Pulga» quedó todavía unos momentos en el bar, saboreando su copa de licor. Lo dicho; le aguardaba una existencia de rajá.

CAPÍTULO VII

Stacker entró en la oficina de la cárcel y pidió ver a su cliente.

Soportó el registro con flemático estoicismo. Después, cuando el comisario le abrió la puerta, pasó al corredor de celdas. Oyó con satisfacción cerrarse la puerta a sus espaldas. Habíase dado cuenta de que los goznes estaban recién aceitados. Mucho mejor para sus planes.

El preso se levantó al verle aparecer al otro lado de la reja.

—¿Qué hay de nuevo?

Antes de contestar. Stacker tomó una silla, sentándose junto a la cancela.

—Siéntate tú también —dijo.

Dashiell trajo el taburete de que disponía en la celda. Gruñó:

—Esta espera me pone frenético.

—Pues tendrás que aguantarte —respondió el abogado sin impresionarse—. Date cuenta de que vas a salvar el pellejo, ¿estamos?

—Bien, bien, al grano. ¿Qué viene ahora?

—La cuestión de las huellas dactilares.

—Si el tipo protesta y pide que se las tomen, estamos apañados.

—Lo pedirá, pero no podrán tomárselas. Escucha, por la noche pega fuego a tu colchoneta.

Dashiell abrió los ojos estúpidamente.

—¿Quieres hacer arder la cárcel?

—Calla, idiota, yo sé lo que me digo. Tienes cigarrillos y fósforos, ¿no? Pues has lo que te ordeno y escucha con atención.

—De acuerdo —suspiró el preso.

—A las doce incendias el colchón. Luego puedes alegar que te quedaste dormido con el cigarrillo encendido. Te creerán. Todos pensarán que de querer suicidarte, no lo ibas a hacer quemándote vivo, aparte de que lo advertirían a tiempo por el humo, como así sucederá. Cuando un preso quiere suicidarse, suele desgarrar en tiras la tela del colchón y se fabrica un lazo para colgarse de la reja, nunca recurre a la asfixia con humo. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Y después?

—Apagarás el fuego con las manos. Fíjate bien, en las manos. Esto es muy importante. Tendrás que quemarte un poco los dedos y hasta la palma, incluso. Te dolerá, pero la cuerda al cuello duele más y es definitiva.

Dashiell hizo una mueca. El programa no le gustaba, pero, como decía Stacker, la horca era mucho peor.

—¿Y luego?

—Tendrá que venir un médico. Te vendarán las manos y los dedos, naturalmente. Estarás molesto durante unos cuantos días, pero enseguida se te pasará.

—Si me quemo las manos, no podré conducir —refunfuñó el preso.

—Tengo preparados unos guantes gruesos. Las quemaduras no serán impedimento.

—¿Y mi doble?

—También vendrá con las manos quemadas. Cuando quieran descubrir que no es él, caso de que atiendan sus reclamaciones, ya será demasiado tarde. Por otra parte, las quemaduras dejarán irreconocible la piel de los dedos. Al cabo de los tiempos, por supuesto, las huellas dactilares saldrían; solo puede borrarse cortando las manos, a ras de las muñecas. Pero no podemos recurrir a ese extremo, conque tendrás que aguantar el dolor de las quemaduras.

—¿Y para salir?

—Dos días después del juicio te sacaremos.

—¿Cómo lo harás?

Stacker miró a derecha e izquierda. El comisario estaba vuelto de espaldas a él en aquellos momentos.

Metió la mano en el bolsillo y sacó las dos llaves que había mandado rubricar. Eligió una y la insertó en la cerradura, haciéndola girar poco a poco, con el fin de no originar, el menor ruido que pudiera delatar su acción.

Los ojos del prisionero se dilataron espantosamente.

—¡Maldición! ¡Lo has conseguido!

Stacker cerró de nuevo la puerta y se guardó las llaves.

—La otra funcionará bien igualmente —dijo—. A la salida tendrás preparado un coche con gasolina suficiente. Te diré la ruta que debes seguir, sin desviarte de la misma bajo ningún concepto.

—¿Por qué? Una vez en libertad puedo ir a donde quiera, ¿no?

Los ojos del abogado fulguraron.

—Tú harás exactamente todo lo que yo te diga —murmuró en voz baja y concentrada—, o de lo contrario, te dejo plantado aquí mismo.

El preso manoteó unos instantes.

—Está bien, está bien. Dime.

—De aquí te dirigirás rectamente a tomar la carretera que va hacia el Oeste, por la ruta de Barstow. Al llegar a esta ciudad, retrocederás en dirección Este, hasta dos millas antes de llegar a Daggett. Verás un camino viejo que se desvía hacia el Sur, síguelo. A cuarenta millas del empalme hay una planicie donde tendrás esperándote un avión para cruzar la

frontera.

—Me parecen demasiadas precauciones —se quejó el preso.

—No quiero correr ningún riesgo, Perry —contestó el abogado—. Digo que te irás a Méjico. En el avión tendrás las instrucciones pertinentes con el fin de alojarte en el lugar y hotel que te indicaré y de donde no te moverás hasta que recibas un telegrama mío. Este telegrama indicará que tu doble ha sido ejecutado. Entonces te daré las últimas instrucciones, ¿comprendes?

Dashiell asintió. A media voz, repitió los lugares de la ruta que tenía que recorrer y que el abogado aprobó incondicionalmente.

—¿Y el dinero? —preguntó el preso de pronto.

—Lo tendrás en el coche, así como un pasaporte a nombre de Peter Deary. Recuerda bien, a partir del momento en que hayas franqueado la frontera, te llamarás Peter Deary y serás un próspero hombre de negocios que quiere descansar una buena temporada. Nada de escándalos, nada de extravagancias, nada de perseguir a las camareras del hotel, ¿estamos?

—No tengo vocación de cartujo —masculló el preso.

—¿La tienes de ahorcado?

Dashiell calló.

—Bueno, estas son las últimas instrucciones —siguió Stacker—. Ya no volveré a hablarte más del asunto. A partir de ahora, me dedicaré exclusivamente a la cuestión de tu defensa.

El preso sonrió agriamente.

—No tengo defensa y tú lo sabes bien —dijo.

—Por lo menos, hemos de cubrir las apariencias.

—Muy bien, adelante.

Stacker permaneció con su cliente todavía una media hora, al cabo de cuyo tiempo se despidió. Salió de la cárcel, encaminándose a la casa de las afueras.

Tocó el timbre según una señal convenida. La puerta se abrió al cabo de unos momentos.

—¿Jefe?

—El mismo, Lunghi.

El vestíbulo estaba a oscuras, con el fin de que no se trasluciera ninguna luz al exterior. Stacker se deslizó al interior de la casa, en tanto Lunghi volvía a cerrar la puerta con doble vuelta de llave.

Lunghi dio media vuelta al interruptor de la luz.

—¿El preso?

—Bien, jefe. Perdiendo la paciencia, pero en buen estado.

Magnífico. Enciende la chimenea del salón principal.

Lunghi se quedó con la boca abierta.

—¡Cristo! Jefe, aquí, con todas las ventanas cerradas, nos ahogamos. Si enciendo la chimenea, esto se va a convertir en un infierno.

Los ojos de Stacker emitieron un peligroso destello.

—Te pago para que obedezcas, no para que me formules objeciones. ¡Enciende la chimenea, he dicho!

—Está bien —contestó el rufián, amedrentado.

Stacker derivó a la derecha, pasando a una salita contigua al vestíbulo. Breckner estaba tendido en el diván, leyendo una novela policíaca para entretener su forzado ocio.

Al ver entrar al abogado, se puso en pie de un salto.

—Bueno —exclamó coléricamente—, ¿no cree que esto se pasa ya de la raya? Llevo aquí diecinueve días, ni uno más ni uno menos, y todavía no me han dicho qué es lo que pretenden hacer conmigo.

Stacker observó al escritor con gesto reflexivo.

«Cuando se enoja es idéntico a Dashiell. Sí, saldrá, es una idea magnífica».

—Le ruego un poco más de paciencia, señor Breckner. Dentro de pocos días estará en libertad —mintió con todo descaro.

—Si un día me veo en la calle —dijo Martín—, juro que le retorceré el pescuezo como si fuera un pollito.

—Y tendrá usted toda la razón —concordó Stacker—. En fin, después de todo, procuraré no darle a usted motivos para encontrarme en la calle.

Dude y Hamrin asistían al diálogo con gesto impasible. Stacker hizo un gesto con la cabeza.

—Ven conmigo, Hamrin. Dude, vigila al escritor.

—O. K., jefe.

Stacker y Hamrin salieron de la salita, dirigiéndose a la cocina. El abogado abrió un armario del que sacó un buen puntido de rollos de vendas, así como un tubo de pomada para quemaduras.

Mientras actuaba, preguntó:

—¿Qué tal la sobrina de tu jefe?

Hamrin sonrió cínicamente.

—Lástima que no pueda quedarme aquí unos cuantos días más. De lo contrario, ya la tenía en el bote.

—¿Has llevado la cena a la cárcel?

—Sí. Dos veces.

—¿Qué tal los guardias?

—Buenos chicos. Uno de ellos me dio cincuenta centavos de propina. ¡Imáginese —dijo el tipo, desternillándose de risa—; cincuenta centavos!

—Basta de bromas, Hamrin. Lo que tenemos que hacer es muy serio. Escucha ahora con atención.

—Sí, jefe.

Stacker metió mano en el bolsillo de su chaleco y extrajo un tubito de vidrio, en cuyo interior se veían unas cuantas pastillas de color gris verdoso.

—Mira estas pastillas. Echa una en el café; hay más que suficiente para los dos guardias. Recuerda, en la cena de dos días después del juicio, ni una hora antes, ¿estamos?

—Sí, jefe.

—Bueno, eso es todo. Ahora...

Lunghi asomó la cabeza.

—La chimenea está encendida.

—Quiero brasas tan solo, no llamas.

—Entonces será preciso esperar un poco más.

—Bueno, avísame cuando esté listo.

—Conforme.

Para entretener la espera, Stacker encendió el hornillo eléctrico y puso agua a calentar. Hízose una taza de café, que saboreó junto con un cigarrillo.

Media hora más tarde volvió Lunghi.

—Jefe, ya está. —Y añadió—: ¡Vaya un calor!

—Bueno. Ahora escuchadme los dos con atención. Vais a llevar al escritor al salón principal. Para que no grite le pondréis una mordaza. ¿Encendido?

—Sí, jefe.

—Pues andando. Os espero allí.

Stacker arrojó el cigarrillo y se encaminó al salón principal.

La temperatura, elevada ya de por sí, se había hecho sofocante con la chimenea encendida. Stacker lanzó una mirada a las brasas y sonrió complacido.

Breckner entró momentos después, empujado por los tres sicarios. El escritor quería protestar, pero la mordaza le impedía emitir otra cosa que una serie de gruñidos inarticulados.

—Bueno, traedlo acá.

A viva fuerza, Breckner fue arrastrado hasta la chimenea. Con ojos despavoridos por el espanto, se dio cuenta de que pretendían hacer con él alguna barbaridad y forcejeó desesperadamente para librarse de las garras que le sujetaban.

Por un momento estuvo incluso a punto de soltarse. Pero una nueva arremetida del trío de rufianes le hizo desistir de sus propósitos.

—Jefe —dijo Dude—, ¿por qué no me deja darle un golpecito en la nuca? Así se estaría quieto y...

—No, no quiero correr riesgos. Podríamos matarlo sin querer y esto no nos interesa por ahora. Sería nuestra perdición —denegó el abogado.

Examinó una vez más las brasas. Luego ordenó:

—Ponedlo de rodillas.

Mientras sus esbirros obedecían, él se despojó cuidadosamente de la chaqueta. Se subió las mangas de la camisa y luego se arrodilló junto al

preso.

—Va a ser solo un momentito, señor Breckner —dijo, cínicamente—. Hamrin, tú agárralo por los pies.

—De acuerdo.

Dude y Lunghi sujetaron los brazos del prisionero. A cuatro patas, Breckner no podían hacer el menor movimiento para liberarse.

Stacker agarró con fuerza las muñecas del escritor.

—Empujadle un poco hacia adelante.

Breckner bramaba, mientras se debatía como un poseso entre las manos de sus captores. Pero era uno contra cuatro y el resultado solo podía decantarse de un lado: en contra suya.

Sus manos entraron en contacto con el fuego. Martin emitió un rugido inhumano, que sonó por encima incluso de la mordaza. Una nubecilla de humo se elevó de entre las brasas, a la vez que por toda la estancia sé expandía un espantoso hedor a carne abrasada.

El dolor fue terrible, tan intenso, que Breckner no lo pudo soportar y perdió el conocimiento.

—Así ha sido mejor —dijo Stacker, poniéndose en pie, lívido como un difunto. Las manos de Breckner habían estado como un par de segundos en contacto con el fuego, tiempo más que sobrado para producir unas quemaduras que tardarían en curarse dos o tres semanas. Aun cuando le quitasen las vendas antes de la ejecución, las papilas dactilares serían irreconocibles. Comió en que Dashiell, por su propio bien, hubiera hecho una cosa análoga.

Aprovechándose de la inconsciencia del escritor, Stacker untó cuidadosamente las quemaduras con la pomada. Luego vendó las manos, poniendo en ello la máxima atención.

Dude rio estridentemente.

—En seis meses no le salen más las huellas dactilares.

Stacker asintió.

—Esta noche, sobre todo, tendréis que vigilarlo con suma atención. — Se volvió hacia el piloto—. Hamrin, si ves que sufre mucho, dale un par de esas pastillas que tienes; así dormirá unas cuantas horas seguidas.

—Muy bien, jefe.

Más tarde, Stacker subió a su dormitorio. Mentalmente acarició los fajos de billetes que ya tenía guardados: un millón ciento doce mil dólares en total.

Claro que la fortuna de Dashiell ascendía a mucho más del triple de aquella suma, pero ya había corrido bastantes riesgos para haber realizado en metálico una cantidad tan elevada. Prefería la positiva riqueza de un millón de dólares al riesgo de tres o cuatro más, no tan seguros.

Se perderían. ¿Y qué? Para él era más que suficiente. Stacker tenía la cabeza muy firme sobre los hombros y no se dejaba tentar por el panorama

de tres millones más de dólares, que podían conducirlo a la ruina. Aquel millón estaba tan seguro como si procediera de un cheque firmado por el mismísimo ministro de Hacienda.

Y luego, el único que acaso podría decir algo era el escritor. Pero las posibles —casi seguras— protestas de Breckner caerían en el vacío. ¿Quién —si el plan tenía éxito, y que lo tendría era algo totalmente fuera de duda — creería en las manifestaciones de Breckner diciendo no ser Dashiell? Nadie, indiscutiblemente; todos pensarían que era una añagaza más del condenado para evadirse a su triste suerte. ¡Dashiell diciendo ser Martin Breckner, el famoso escritor! Para morirse de risa, pensó mientras acariciaba los fajos de billetes con gestos casi lascivos. En todo aquel asunto, el único que sacaría un interés positivo sería él; Pobre idiota. Dashiell, rio, sobando el dinero una y otra vez. Al cabo de un rato, cerró el compartimiento secreto en que guardaba el dinero y se sentó tras su mesa de trabajo. Era preciso preparar el discurso de defensa, sobre todo, había que salvar las apariencias... que era lo único que se salvaría en aquel asunto. Rio suavemente mientras abría el legajo con las copias de las actas del proceso.

* * *

Martin Breckner despertó a la mañana siguiente, sintiendo un vivísimo dolor en la parte afectada por las quemaduras. Llamó y se desgañó, pero nadie acudió a sus llamadas, pese a haber golpeado la puerta con insistencia. Al fin, abrumado por su desdicha, volvió a la cama donde se tendió con gesto abúlico, olvidado casi hasta del daño, que tenía en las manos.

Se las contempló melancólicamente en más de una ocasión. ¿Por qué le habían quemado de tal manera? ¿Qué pretendían hacer con él? Una vez más, la incomprensible frase de Stacker vino a su memoria. *Dos gotas de agua*. ¿A quién se parecía él? ¿Era que tenía qué substituir a un hombre absolutamente idéntico a él en lo físico? Y si era así, ¿qué hacía, quién era y dónde estaba aquel individuo?

Una leyenda acudió de pronto a su mente. La de la célebre *Máscara de Hierro*, el hombre de quien la fábula había dicho era gemelo de Luis XIV de Francia e hijo, por tanto, de Luis XIII y Ana de Austria. Ana había tenido dos niños idénticos con intervalo de treinta minutos, pero por la razón de Estado, el segundo había sido escondido en una casa muy alejada de la Corte y entregado al cuidado de unos hidalgos campesinos, sin delatar su origen, por supuesto. Años más tarde, sin embargo el terrible secreto había sido descubierto y el desterrado había intentado recobrar sus derechos, pero su augusto hermano lo había hecho apresar, confinándolo de por vida en el castillo de la isla de Santa Margarita, ocultas las facciones bajo una

máscara de hierro, que nadie podía arrancar del rostro del prisionero. Esta era la leyenda e incluso se decía que en ella había tenido parte importante el célebre mosquetero D'Artagnan. Leyenda o no, *Máscara de Hierro* había tenido existencia real, pero quienes conocieron su identidad, se llevaron a la tumba el secreto. Aun hoy día no se sabe quién fue el misterioso prisionero de Santa Margarita.

Y, pensó Martin, ¿pretendían hacer con él algo parecido? Una súbita frialdad corrió velozmente por su espalda. ¿En qué horrible trampa había caído?

A veces pensaba que estaba bajo los influjos de una horrenda pesadilla y que podía despertar en cualquier momento. Pero pronto se convencía de que cuanto le estaba sucediendo era realidad, una auténtica, amarga y desagradable realidad.

Aquel día y el siguiente los pasó prácticamente pidiendo ver a Stacker. Stacker no acudió por la sencilla razón de que estaba tratando de defender lo indefendible: esto es, la vida de su cliente.

—Y señores del jurado —tronó el fiscal, al resumir su actuación—, a vosotros os corresponde hacer que la justicia se cumpla... Este hombre que veis aquí sentado, este individuo que en su vida ha realizado una obra útil a la humanidad, que ha obtenido siempre por su dinero o por la influencia que este le ha proporcionado todos cuantos caprichos se le antojaron, culminó su vida de disipación y vicio con el horrible crimen cometido en la persona de la señorita Sally Jacobson. Sally Jacobson quiso defenderse de los bestiales ataques de este sádico individuo, quiso defender lo que en toda mujer es máspreciado: su propia virtud; y como premio a sus denodados esfuerzos por evitar un vergonzoso ultraje, recibió la muerte, una horrible muerte causada por los afilados vidrios de una botella rota por el procesado.

Señores del jurado, la culpabilidad del acusado está sobradamente demostrada. Cuando la policía acudió al lugar del hecho, alertada por una ciudadana consciente que había creído oír ruidos raros, encontró al acusado tendido en el suelo, sumido en el torpor de una embriaguez originada a propósito para eludir las consecuencias de su crimen, cubierto de manchas de sangre procedentes del cuerno de su víctima, y a esta con la garganta horriblemente destrozada por los trozos de vidrio de la botella rota especialmente a tal fin. Las ropas de la víctima aparecían completamente desgarradas hasta tal punto, que apenas si tenía cubierto el cuerpo por unos harapos que ya no merecían el nombre de vestido. Este es el crimen que cometió el acusado, crimen sobradamente demostrado por las pruebas que han sido sometidas a vuestra consideración, y para cuyo abyecto y repugnante crimen, yo, en nombre del pueblo de Boulton Fields al cual represento en esta sala de justicia, reclamo la máxima pena que autorizan a imponer las leyes de este Estado. Eso es todo, señorea del

jurado.

Después de la durísima requisitoria del fiscal Stacker resumió su informe. Sabía que tenía la causa perdida y, además, le importaba un rábano, de modo que fue breve, limitándose a muy poco más que pedir clemencia a los miembros del jurado.

Mientras lo hacía, observó los veinticuatro ojos de los miembros de este. Todos ellos expresaban ira y dureza. No. Perry Dashiell no podía esperar compasión. En vida. Sally Jacobson podría haber sido una cualquiera, pero al fin y al cabo era una ciudadana de Boulton Fields. Y, Stacker lo sabía muy bien, en las ciudades pequeñas, sus habitantes poseían un acusado sentimiento de solidaridad. Perry Dashiell no era de Boulton Fields y había asesinado a un habitante de Boulton Fields. El pecado solo tenía una clase de pena: la de muerte.

La deliberación del jurado fue breve, no llegó a la hora de tiempo.

Cincuenta y dos minutos después de haberse retirado a deliberar, los miembros del jurado comparecieron nuevamente a la sala.

El alguacil del juzgado se encaró con el presidente del jurado:

—Señor presidente del jurado, ¿han llegado usted y los honorables miembros que preside a un acuerdo?

—Sí, hemos llegado a un acuerdo.

—Ese acuerdo, ¿ha sido tomado unánimemente, libremente y sin presión alguna?

—Sí.

El juez golpeó sobre la mesa con el mallete.

—Acusado, póngase en pie y mire al jurado.

Dashiell obedeció. Pese a todas las seguridades que le había dado su abogado, sentía que las piernas le temblaban.

—Señor presidente del jurado, ¿cuál es el veredicto acordado por usted y los honorables miembros del jurado?

—Culpable.

Un sordo rumor se expandió por la sala. El juez lo acalló con varios enérgicos golpes de mallete.

El alguacil dijo:

—Acusado, mire al juez. Su Señoría va a dictar sentencia.

Dashiell ejecutó un cuarto de vuelta a su izquierda.

El juez dijo.

—Peter Dashiell, convicto de homicidio en primer grado y ultraje al pudor en la persona de Sally Jacobson, en virtud de la potestad que me ha sido conferida por las Constituciones de los Estados Unidos y de este Estado, así como por el pueblo de Boulton Fields, yo te condeno a ser colgado por el cuello hasta que mueras. La sentencia se cumplirá dentro de tres semanas a contar del día de hoy en la sala de ejecuciones de la penitenciaría del Estado, adonde serás trasladado con las debidas

seguridades. Caso fallado.

El mazo del juez golpeó la mesa. El alguacil gritó:

—¡Despejen, despejen! ¡El juicio ha terminado!

Varias personas empezaron a actuar entonces.

Una de ellas fue el comisario Carver. Esposó al preso, rodeado de sus dos comisarios, e inició la acción de volverlo a la cárcel.

Stacker solicitó un favor.

—Quisiera hablar un instante a solas con mi defendido, comisario.

—Muy bien —dijo Carver, retirándose unos pasos, pero sin perder de vista al condenado.

Dashiell se humedeció la lengua con los labios.

—Ya está —dijo en voz baja.

—Bien —manifestó el abogado en voz baja también— eso era lo que esperábamos. Ahora, fíjate en lo que te digo: dentro de dos o tres horas empieza a protestar. Pórtate de mal talante a cada dos por tres, insulta a tus carceleros, no dejes de llamarlos todo lo que se antoje, pero, sobre todo, di que se han confundido de reo y que tú no eres Dashiell, sino el escritor Martin Breckner, ¿comprendes? Métete este nombre en la cabeza e insiste continuamente: tú no eres Dashiell, sino Martin Breckner.

—De... de acuerdo —Dashiell tragó saliva.

—Eso es todo. Mañana por la tarde iré a examinar detenidamente tus vendajes con el fin de colocárselos a tu doble exactamente iguales. No lo olvides, eres Martin Breckner, escritor, de San Francisco.

—O. K., Stacker.

El abogado dio un paso atrás.

—Su hombre está listo, señor Carver.

—Gracias —contestó el comisario.

—¡Un momento! —exclamó Stacker de pronto.

Carver le miró especulativamente.

—¿Sí? —dijo entre dientes.

—¿Cuándo se llevarán al condenado a la penitenciaría?

Carver hizo un gesto vago.

—Oh, dos o tres días —contestó—. He de pedir ayuda a la Patrulla de Caminos; no quiero sufrir ninguna sorpresa desagradable.

—Eso es todo, muchas gracias, comisario —contestó Stacker. Y al preso—: Animo, Perry, creo que podré hacer algo por ti. Mañana redactaré el borrador del recurso y pasado iré a la capital del Estado a presentarlo ante el gobernador. Con un poco de esfuerzo, conseguiré que te conmuten la pena.

Unos pasos más allá estaba Syra Lyndon, tomando frenéticamente notas para su semanario. Cuando el preso y sus guardianes cruzaban el pasillo para dirigirse hacia la salida hizo una seña a Johnny Weddin. El fotógrafo empezó a disparar su *flash*, Dashiell se cubrió tarde la cara con

las manos.

Lubin y Potts estaban en la calle tranquilamente, cerca de la puerta. Stacker salió sin fijarse en ellos.

—¿Te has dado cuenta? —dijo «El Pulga» moviendo apenas los labios.

—Sí, ese es —respondió «El Pinzas».

—Ahora se irá a la casa de las afueras. Es allí donde tiene la pasta. Vamos a vigilarle de continuo; cuando demos el golpe, tiene que salir perfecto, sin un solo fallo.

«El Pinzas» asintió. Pero en su mente bullía algo no demasiado convincente. ¿Por qué viajar tan lejos para un golpe de veinticinco mil dólares? «El Pulga» decía ser su amigo; sin embargo, Potts tenía la seguridad de que le estaba ocultando la real valía del botín. Y si esto era verdad, «El Pulga» se iba a llevar una sorpresa muy, muy desagradable.

CAPÍTULO VIII

El sedán negro se detuvo a una veintena de metros de la cárcel.

Tres hombres bajaron del mismo. Uno de ellos parecía hallarse borracho; apenas si podía mantenerse en pie y tenía que ser sostenido a cada momento por sus compañeros.

Dude y Lunghi, sosteniendo entre los dos al escritor, avanzaron tranquilamente hacia la puerta de la cárcel. A aquellas horas, la circulación en la calle era poco menos que nula y nadie se fijó en los tres hombres.

La puerta de la cárcel se abrió. Stacker se asomó y movió la mano, haciendo gestos para que se dieran prisa.

En unos momentos, el trío estuvo en el interior de la oficina. Dude contempló a los dos guardias, sentados ambos en sus sillas y con las cabezas caídas sobre el pecho.

—Con tal de que no se despierten antes de tiempo... —masculló aprensivamente.

—En un par de minutos estaremos listos —declaró el abogado—. Vamos, por aquí.

Sin hacer el menor ruido, caminaron hacia la puerta del corredor de celdas. Por supuesto, Stacker podría haber usado las llaves de los guardias, pero ello hubiera podido significar un contratiempo que no estaba dispuesto a Correr, mientras él pudiera evitarlo. Podían notar luego algo raro y entonces aceptar como buenas las manifestaciones de Breckner.

Sacó las llaves del bolsillo. La de la puerta del corredor funcionaba perfectamente.

Dashiell tenía los nudillos blancos de tanto agarrarse a los barrotes de la verja. Su corazón palpitaba con terrible violencia.

Miró a Stacker con ojos desorbitados.

—¡Lo conseguido! —exclamó.

—¡Calla, idiota! ¡No grites o lo echarás todo a perder! —rezongó el abogado, insertando la segunda llave en la cerradura—. Échate a un lado.

La puerta quedó abierta. Dashiell contempló el rostro del escritor.

—¡Condenación! ¡Parece mi hermano gemelo! ¡Y hasta las ropas son idénticas a las mías!

—¿Crees que iba a olvidar un detalle tan importante? —murmuró Stacker—. Vamos, vacía tus bolsillos y echa en los de Breckner todo lo que tengas.

—De acuerdo.

Breckner fue depositado en el camastro, en el que había sido renovado el colchón que ardiera unos días antes. Stacker sacó unos guantes del bolsillo y se los entregó al condenado.

—Toma, pónelos; esto te permitirá conducir.

—Sí —gruñó Dashiell—, las manos me escuecen todavía bastante.

Stacker miró en torno suyo. Todo estaba perfecto.

—Bueno, listos. Vámonos.

En completo silencio, salieron de la celda. Stacker cerró primero una puerta y luego la otra.

Llegaron a la oficina. Entonces, uno de los guardianes suspiró.

Dude sacó la pistola. Stacker saltó hacia él.

—Quieto, idiota. ¿Pretendes estropearlo todo? Fuera de aquí, pronto.

Por pura precaución, Stacker se asomó a la puerta. Luego movió la mano.

—Dashiell, tú conmigo. Vosotros dos, dentro de treinta segundos, salid de aquí. Os espero en casa para pagaros lo convenido.

—O. K., jefe.

Stacker y el asesino salieron a la calle.

—Camina tranquilamente, Perry.

—Claro.

Llegaron al automóvil.

—Este es tu coche, Perry. Tienes los tanques llenos, y en el asiento de atrás una lata de treinta litros de gasolina, por si acaso, aunque creo que no te hará falta. No te pares por ningún concepto hasta llegar al punto indicado. Allí estará ya el avión esperándote.

—¿Y la documentación?

—Te la dará el piloto.

—Conforme.

Dashiell sonrió.

—No sé cómo agradecértelo, Stacker.

—Olvídalo, chico. Lo único que quiero es que te portes bien; de lo contrario, acabarías comprometiéndonos, ¡Ah, el dinero está en el portamaletas!

—Muy bien. Adiós, Stacker.

—Adiós, Perry.

El abogado permaneció de pie en la acera unos momentos hasta que vio perderse en la oscuridad las luces rojas de cola del auto. Mientras, una burlona sonrisa flotaba en sus labios...

Al cabo de medio minuto giró sobre sus talones y se encaminó a la casa.

En la cárcel, Thompson, uno de los guardianes, se despertó súbitamente. Frotóse los ojos con violencia.

—Diablos —rezongó—, casi juraría que me he quedado dormido.

Su compañero Brownelar respiró profundamente. Estiró los brazos y bostezó de forma exagerada.

—Chico, estoy cansado. Tengo unas ganas locas de que se lleven a ese tipo, te lo aseguro.

—Mañana por la tarde vendrán los de la Patrulla. —Thompson se puso en pie—. Está muy callado ahora. Voy a ver qué hace.

Brownelar soltó una risotada.

—Te dirá que él no es él, sino ese famoso escritor. Lo que inventan algunos tipos para salvar el pescuezo.

—Sí, querrá que lo declaren loco. El verdugo le curará la locura —rio Thompson.

Abrió la puerta del corredor y pasó al otro lado. Llegó a la celda que ocupaba el condenado. Vio que dormía pacíficamente y suspiró:

—Aprovecha, hijito; duerme todo lo que puedas, así pensarás menos y no nos darás tanta guerra.

Brownelar preguntó desde la oficina:

—¿Qué hace ahora?

—¡Duerme como un angelito! —contestó Thompson,

CAPÍTULO IX

«El Pulga» y «El Pinzas» vieron salir a los cuatro hombres de la casa.

—¡Diablos! —masculló Potts—. ¡Vaya borrachera que lleva el tipo!

Esperaron a que el sedán se hubiera alejado. Después, «El Pulga» se puso en pie, asomándose por detrás de los arbustos que les habían escondido hasta entonces.

—Esta es la nuestra —dijo con apenas un siseo.

Atravesaron los arbustos y el jardín. Llegaron a la casa.

—Esto es cosa tuya, «Pinzas» —murmuró «El Pulga».

Potts sacó unas cuantas ganzúas de su bolsillo. Ensayó varias, hasta que encontró la adecuada. La cerradura se rindió.

Abrieron la puerta, cerrando a sus espaldas apenas hubieron cruzado el umbral. Lubin encendió una linterna, paseándola por todas partes.

—No hay nadie —decidió al fin.

—Podemos encender las luces, ¿no?

—Bueno —aprobó «El Pulga», advirtiendo que las contraventanas estaban herméticamente cerradas. La casa olía a poco ventilada, pero no hizo caso del detalle.

Cruzaron el vestíbulo, mirando cuidadosamente todas las habitaciones del piso bajo. En vista de que allí no encontraban nada, subieron al piso superior, en donde igualmente sometieron a un detenido escrutinio el resto de las estancias.

—Bueno —resopló «El Pinzas»—, ¿se habrá llevado la pasta?

—No, lo hubiéramos visto. Tenía las manos vacías, ¿no te fijaste?

—Sí, es cierto. Bien, demos otro repaso a ver qué sucede.

Entraron en un dormitorio de mejor aspecto que los demás. De pronto, «El Pulga» lanzó un grito.

—Mira, ahí está la cartera, La conozco perfectamente.

Lubin tomó la cartera, abriéndola con rápidos gestos. Sufrió una gran decepción al ver que solo había en ella papeles sin importancia.

—Son los documentos del proceso —refunfuñó—. Pero si el abogado dormía aquí, aquí es donde debe estar el dinero.

—¿No se lo habrá llevado ya antes de ahora? —sugirió «El Pinzas».

«El Pulga» meneó la cabeza.

—¡No! —decretó con énfasis—. Esta cartera venía siempre muy abultada. Cada vez que salía de la casa, solo sacaba documentos, estos —señaló los que habían quedado desparramados por el suelo.

—Lo cual significa que la pasta está aquí.

—Justamente. Vamos a ver en qué sitio la ha escondido.

Los dos rufianes empezaron a registrar la habitación pulgada a pulgada. Abrieron el armario ropero y una consola, sin hallar nada.

—Golpea los muros —dijo «El Pulga».

Empezaron a dar golpes en las paredes, tratando de hallar algún hueco. De pronto, «El Pulga» captó un sonido inconfundible.

—¡Aquí! —exclamó, alborozado—. ¿Tienes una navaja?

La pared estaba empapelada hasta pocos centímetros del techo. En el punto donde sonaba a hueco, «El Pulga» descubrió una finísima rayita que rompía la continuidad del papel de decoración.

Tomó la navaja que le ofrecía su compinche y la pasó por la raya. La hoja topó con algo resistente.

—Debe ser un armario secreto —dijo, forcejeando para reventar la cerradura, ignorante de que en aquellos momentos, Stacker y sus compinches penetraban en la casa.

Hamrin se les había reunido también. En el salón, Stacker dijo:

—Esperadme aquí unos momentos. Voy a traerlos el dinero.

—Está bien, jefe.

Stacker subió las escaleras, exultante de satisfacción.

Todo había salido perfectamente, como él lo planeaba. Sí, daría a Dude, Lunghi y Hamrin la parte convenida. Habían sido buenos chicos y se habían portado estupendamente. Además ninguno hablaría; no les convenía hacerlo, porque, en tal caso, admitirían su complicidad en el cambio de personas. Incluso, en nombre del agradecido señor Dashiell podía agregar un par de miles más. Con un millón largo en su poder, podía permitirse el lujo de regalar seis mil dólares.

Subió a su habitación, tarareando entre dientes una cancioncilla. Abrió la puerta y cruzó en el umbral.

La luz estaba encendida.

Había dos hombres en la estancia. Y sobre su cama, un enorme montón de fajos de billetes. Exactamente ciento diez paquetes de billetes de cien dólares, a cien unidades cada uno, más algunos billetes de diversas denominaciones, que sumaban en total alrededor de veinte mil más.

—¿Eh? —exclamó sordamente—. ¿Qué diablos es esto?

«El Pulga» y «El Pinzas» sé quedaron atónitos.

Al descubrir aquel fabuloso botín habían perdido la respiración. El dinero que había escondido en el armario secreto, rebasaba los cálculos más optimistas de Lubin. Por poseer una fortuna semejante, hubieran vendido cien veces su alma al diablo.

Al ver a Stacker comprendió que estaban perdidos. Si no actuaban pronto, todos sus planes se irían al infierno. Y ya no le importaba tanto acabar en la cárcel como perder aquella gran fortuna que con tan poco

trabajo había creído conseguir. No se trataba de mil dólares, sino de una suma mil veces superior; no eran los cuatrocientos mil que había creído, sino casi tres veces más.

Y ahora venía aquel inoportuno a estropearlo todo, No, no podía consentirlo.

—Cierra, «Pinzas» —siseó, mientras saltaba hacia el abogado, con la navaja en la mano.

Y se arrojó contra Stacker.

«El Pulga» no había contado con la fortaleza de Stacker, que le pasaba, además, media cabeza. Stacker paró el primer viaje de la navaja, atenazando con férrea presa la muñeca del maleante.

—Maldito hijo de perra —bramó ciego de cólera, sin comprender cómo aquellos dos ladrones habían podido encontrar un dinero tan bien guardado.

Para Stacker resultó un juego de niños retorcer el brazo de Lubin y volver la punta de la navaja contra su poseedor. Pegó un fuerte empujón y el arma penetró hasta el mango en el pecho del maleante.

Los ojos de «El Pulga» voltearon agónicamente en sus órbitas. Perdió la fuerza súbitamente y las rodillas se le doblaron.

Mientras tanto, «El Pinzas» a espaldas de Stacker, había conseguido cerrar la puerta. Presenció la brevísima lucha y oyó, espantado, el breve quejido que había exhalado su compañero de fechorías.

Aterrado, se dio cuenta de que si no actuaba a tiempo, Stacker caería sobre él. Y el abogado, habiendo cometido ya una muerte y con un millón de por medio, no repararía mucho en degollarle a él también.

Así, pues, en el brevísimo espacio de un segundo, «El Pinzas» se dijo que solo podía hacer una cosa. A la derecha de la puerta había una consola, sobre la cual reposaba un pesado jarrón.

Asió el jarrón con ambas manos. En aquel instante, Stacker se volvía hacia él, empuñando la navaja, con un brillo homicida en sus ojos.

Golpeó con todas sus fuerzas. El jarrón se rompió contra la frente del abogado, el cual se derrumbó al suelo convertido en una masa inerte.

«El Pinzas» recuperó su navaja con presteza. Se inclinó sobre su compañero. «El Pulga» agonizaba rápidamente.

Los ojos de «El Pinzas» fueron de «El Pulga» al abogado y de aquí a la cama donde estaban los fajos de billetes. Un resplandor de codicia apareció instantáneamente en sus pupilas.

El abogado se removió en el suelo, quejándose entre dientes. Su rostro estaba cubierto de sangre, pero «El Pinzas» comprendió al momento que se trataba solamente de heridas superficiales, fácilmente curables.

Vaciló un momento. Su lengua se paseó nerviosamente por los labios. Su ánimo fluctuaba entre la codicia y el miedo.

Venció la codicia. Se arrodilló junto al abogado.

—Su mano izquierda tembló brevemente cuando se apoyó en el mentón de Stacker, echándole la cabeza hacia atrás, La derecha vaciló unos segundos.

—¡Al infierno con él! —masculló. Y la navaja trazó un brillante semicírculo en el aire.

Se oyó un breve susurro, como el de un trozo de seda al rasgarse. Un enorme surtidor de rojo líquido brotó de la espantosa herida.

Stacker pateó unos momentos. Luego se quedó quieto poco a poco.

«El Pinzas» se incorporó, respirando profundamente. La habitación parecía una carnicería.

Dio una amplia vuelta para evitar los charcos de sangre. La conciencia no le remordió lo más mínimo por lo que acababa de hacer.

Agarró el cobertor de la cama y lo ató sobre los billetes, haciendo sendos nudos con las esquinas cruzadas. De momento, no se le ocurría otro procedimiento mejor para transportar el botín. Tiempo tendría de buscar un saquito de lona adecuado al enorme montón de dinero que se llevaba.

Pero no podía pasar por la puerta. Había oído algunas voces, lo cual significaba que el abogado no había venido solo a la casa. ¿Qué hacer?

Con todo cuidado, abrió una de las ventanas del dormitorio. Inclínándose sobre el antepecho, alargó el brazo cuanto pudo, dejando caer el atado con los billetes. Luego, a su vez, se descolgó hábilmente; la altura, a fin de cuentas no era excesiva.

Un minuto más tarde, «El Pinzas» se había perdido en las sombras de la noche. Y dos después, huía de Boulton Fields a toda velocidad, usando el coche de su compañero muerto. No fue hasta mucho más tarde, cuando ya no podía volverse atrás, que recordó un detalle estremecedor.

La navaja con sus huellas dactilares había quedado abandonada en la habitación donde estaban los dos cadáveres.

El pensamiento de que había obtenido un millón de dólares como beneficio, le hizo olvidar bien pronto sus aprensiones.

Mientras tanto, Dude y sus amigos empezaban a sentir impaciencia.

—Este picapleitos tarda ya demasiado —rezongó Lunghi.

—Estaría gracioso que después de haberle sacado las castañas del fuego nos dejara plantados —masculló el piloto.

—Estaría bueno para ti —rezongó Dude—. En cambio, a mí no me haría ninguna gracia haber arriesgado poco menos que el cuello a cambio de nada. Y si ese tipo nos ha gastado una broma, os aseguro que se la haré pagar cara.

—Bien —sugirió Lunghi—, y ¿por qué no vamos arriba a ver lo que hace?

—Una idea excelente. —Y sin más el trío se puso en movimiento.

Llegaron al piso superior. Al acercarse a la puerta del dormitorio de Stacker, divisaron una mancha roja que se extendía con lentitud por

debajo de la puerta.

Dude se puso pálido. Lunghi blasfemó sordamente. En cuanto al piloto, no tenía fuerzas para hablar.

Durante unos momentos, ninguno de los tres tuvo fuerzas para mover un solo dedo. Al fin, Dude, más resuelto, abrió la puerta de un golpe.

Un espectáculo espantoso se presentó ante sus ojos. Lunghi se puso a temblar como un azogado.

Dude más práctico, saltó por encima de los cadáveres y se plantó en el centro del dormitorio. Tirados en el suelo vio unos cuantos billetes de escaso valor.

Se agachó a recogerlos, divisando casi en el acto el armario forzado. En pocos segundos comprendió lo ocurrido, sobre todo, al reparar en la ventana abierta por completo.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo—. Nos hemos quedado sin la pasta, pero sí nos encuentra la policía, lo vamos a pasar muy mal.

—¿Y qué haremos? —preguntó Lunghi, que sudaba de pánico.

—Mi avión está en el aeropuerto —contestó el piloto—. Podemos escapar en él hasta San Francisco.

—¿Y el dinero? —preguntó Lunghi, venciendo el miedo con la codicia.

—Mi pellejo vale mucho más —resolvió Dude, arrojándose a través de la habitación hacia la puerta. Los otros dos le siguieron en el acto.

Escaparon de la ciudad a cien por hora, temiendo en cualquier momento ser alcanzados por la policía. Afortunadamente, no sucedió así, y mucho antes de que amaneciera llegaron al aeropuerto.

Sin pérdida de tiempo, Hamrin puso en marcha el avión. Comprobó los motores y luego dio gas.

El aparato empezó a rodar sobre la pista iluminada, lentamente al principio, con más rapidez después. En pocos segundos alcanzó una velocidad de ciento veinte kilómetros a la hora.

Ya rodaba con la cola levantada. Treinta kilómetros más de velocidad y lo lanzaría al aire.

De repente, el neumático izquierdo estalló.

El avión se bamboleó hacia aquel lado. Desesperadamente, Hamrin trató de compensar la inclinación, usando los alerones. Dio más gas, a la vez que tiraba hacia sí de la palanca de profundidad, con objeto de levantar el aparato en el aire. Las ruedas se separaron unos cuantos centímetros del cemento.

Pero la velocidad de sustentación no había sido alcanzada todavía. El avión volvió a tocar tierra de nuevo.

El neumático reventado empezó a quemarse. La pata del tren trepidó fuertemente durante un par de segundos y acabó por quebrarse.

A ciento cuarenta kilómetros por hora el ala izquierda se clavó en la pista, partiéndose con espantoso crujido. Dentro del avión se oyeron unos

gritos horribles.

El fuselaje volteó repentinamente. El motor izquierdo se estrelló contra el cemento, incendiándose acto seguido.

El cuerpo del avión dio una voltereta espantosa. Una enorme llamarada surgió al punto, envolviendo instantáneamente los destrozados restos del aparato. Sonaron varias explosiones. Las sirenas de los servicios de socorro empezaron a ulular.

Cuando los coches de bomberos y las ambulancias llegaron al lugar del accidente, ya no pudieron hacer otra cosa que apagar las llamas. Los tres ocupantes del avión habían perecido abrasados vivos.

CAPÍTULO X

Martin Breckner se despertó con dolor de cabeza y un horrible mal gusto de boca. Durante unos momentos, su mente permaneció fluctuando entre las brumas del sueño y la realidad de su consciencia activa.

Abrió los ojos. Una luz en el techo hirió sus pupilas, por lo que pronto se vio obligado a cerrarlos de nuevo. Vagamente se dio cuenta de que estaba tendido en un lecho de una dureza inusitada.

Al cabo de unos momentos se sintió más despejado. Sentóse en el lecho, agarrándose las sienes con ambas manos, y abrió los ojos.

Miró en torno suyo. Vio un lavabo, un inodoro, un taburete, una mesa... ¡y una reja de fuertes barrotes de acero!

La sangre se le heló en las venas. ¿Dónde estaba? ¿Qué diabólica jugarreta le habían gastado durante su sueño?

Torpemente se puso en pie. Antes de hacer nada se dijo que era preciso terminar de despejarse. Acercóse al lavabo y tomando una toalla, la empapó en agua fría, mojándose ampliamente el rostro y la nuca, sin importarle humedecer un tanto los vendajes que cubrían sus manos abrasadas.

Se acercó a la reja. Lanzó un grito.

—¿Eh? ¿Quién hay aquí?

Una voz le contestó casi en el acto. Asombradísimo, Breckner comprobó que se trataba de una voz completamente distinta a las que había escuchado en los últimos días.

—¿Qué diablos quieres ahora, maldito? ¿Es que no va a poder uno descansar a gusto?

—Escuche, usted, sea el que sea, quiero hablarle. Venga acá en el acto, ¿me ha oído?

Martin oyó ruido de cerrojos y luego de pasos tardos. Un hombre de alguna edad vestido de uniforme, se apareció ante sus ojos.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, asesino? Vamos, habla pronto, no quiero perder el tiempo contigo.

Durante unos segundos, Martin contempló al hombre que tendía frente a sí. La sospecha de que estaba padeciendo una pesadilla, asaltó su imaginación casi en el acto.

—Estoy soñando —dijo en voz alta.

—Eso es —rio Brownelar—. Sigue, sigue soñando; te conviene hacerlo, hasta que el verdugo te retuerza el pescuezo.

Breckner se quedó helado.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó con un hilo de voz.

—Ya lo has oído —respondió el guardia, abruptamente—. De modo que si solo eso era lo que tenías que decirme, me largo...

—¡Espere! —chilló Martin—. Usted no puede dejarme así. Soy inocente... no, diablos, yo no tengo por qué estar aquí. Soy Martin Breckner, escritor, de San Francisco de California...

Brownelar soltó una estentórea risotada.

—Eso ya lo dijiste ayer, amiguito. Y anteayer, en cuanto te trajeron de la sala de justicia. Bien, de modo que ahora quieres pasarte por loco, ¿eh? No te valdrá, compañero; los médicos te declararon cuerdo y...

—Pero eso es absurdo, yo soy Martin Breckner, no he cometido ningún crimen...

Los pasos de otra persona que se acercaba sonaron pausadamente.

—¿Qué sucede ahora, Brownelar? —era el comisario Carver.

—Nada, jefe; el preso que vuelve a la misma cantilena de estos dos días. Ya no es Perry Dashiell, sino Martin Breckner, el escritor.

—¡Lo soy! ¡Es cierto! —aulló el joven—. Me secuestraron, me tuvieron encerrado tres semanas... Vean la cicatriz, yo nunca la tuve; ellos me la hicieron con una navaja... Y me abrasaron las manos a propósito...

—Te las quemaste tú al intentar apagar el colchón que habías incendiado con la colilla de tu cigarrillo— barbotó el guardián—, conque no nos vengas ahora con el cuento de que no eres quién eres, ¿estamos?

Martin volvió los ojos hacia el comisario.

—¿Es usted el jefe? —preguntó anhelosamente.

—Sí, claro. No sé a qué viene esa pregunta, después de un mes largo que llevas entre nosotros.

—Le aseguro que me han traído esta noche aquí, narcotizado... No sé cómo, pero me han puesto en lugar del hombre que estaba preso...

Carver volvió la vista hacia su ayudante.

—Brownelar, ¿lo han traído a través de las paredes? —preguntó en tono jocosos.

—A lo mejor —respondió el guardián de la misma manera.

—No he atravesado las paredes —chilló Breckner—. Les aseguro que soy víctima de una terrible conspiración...

—Ya, ya... —dijo Carver flemáticamente—. Y pasado mañana, cuando estés en tu celda de condenado a muerte, en la penitenciaría del Estado dirás que eres Cristóbal Colón. Vámonos, Brownelar.

—Sí, jefe...

—¡Eh, oigan! —chilló el preso, pero sus dos guardianes ya no le hacían el menor caso—. Vengan acá, tienen que oírme, hijos de perra, malditos bastardos... Yo no soy ningún criminal, soy Breckner, Martin Breckner, escritor...

Estuvo aullando como un poseído hasta que le faltaron las fuerzas. Entonces se dejó caer en la cama, sollozando como un niño.

Llegó el nuevo día, después de un lapso de tiempo que no habría sabido calcular. Martin se sentó en el lecho, reflexionando amargamente sobre la situación en que se hallaba.

Ahora lo veía claro. Era un nuevo *Máscara de Hierro*, con la desventaja, sobre el auténtico, de que lo ahorcarían muy pronto, en lugar del verdadero criminal. Stacker lo había dicho bien claro.

Dos gotas de agua:

Pero, ¿cómo lo habían traído hasta allí?

Naturalmente, había sido narcotizado. Ahora bien, lo interesante era averiguar el procedimiento empleado por Stacker y sus compinches para conseguir su objetivo ¿Habría sobornado a alguno de los guardianes? En tal caso, el que fuera se negaría siempre a hablar, para evitar un grave compromiso, y sostendría tenazmente que él, Martin Breckner, escritor, era... ¿cómo había dicho? Sí, Dastell, Darrell o algo por el estilo. El auténtico criminal sin duda alguna, cuyo sitio estaba ocupando él.

Ah, pero había un medio indiscutible de probar su identidad.

Se equivocaba.

Lanzó un rugido de ira. ¡Sus manos! ¡Sus manos abrasadas! ¡No podrían tomarle las huellas dactilares! Y en muchas semanas, meses tal vez, no tendría la piel de los dedos en condiciones... suponiendo que viviese tanto tiempo.

Poniéndose en pie, se paseó nerviosamente por la celda. Era preciso recobrar la serenidad. Ahora ya no estaba preso de unos maleantes, sino de unos defensores de la Ley. A menos que todos estuviesen corrompidos... Podría ser; aquella cárcel era muy pequeña, lo cual indicaba que correspondía a una ciudad de escasa importancia.

En tal caso, el número de agentes sería también escaso. Pero, ¿no habría alguno honrado entre ellos?

¿Qué hacer?

Estaba condenado a muerte en lugar de otro, un individuo a quién se parecía extraordinariamente. Y, desaparecido el único medio de probar indiscutiblemente su identidad, serie ejecutado por un crimen que no había cometido... a menos que sucediese un milagro.

Y eso —se dijo amargamente—, no sucede hoy día.

Sonaron pasos en el corredor. Tres hombres aparecieron ante él.

Uno de ellos era portador de una bandeja con el desayuno. Sobre la bandeja vio un periódico doblado.

—Pensé que le gustaría leer un reportaje sobre su propio juicio, Dashiell —dijo Carver.

El joven no contestó. Meditaba sobre el modo mejor de escapar de allí. Pero no podía: mientras Carver abría para que uno de los guardias dejase

el desayuno sobre la mesa, el otro le encañonaba firmemente con su pistola.

—¿Qué tendré que hacer para convencerles de que no soy ese Dashiell, sino Martin Breckner? —exclamó, tratando de mostrarse manso.

—Ahora ya, nada —dijo el comisario, fríamente—. Fuiste acusado juzgado y condenado con toda legalidad.

Si tienes nos dedos de sentido común, sería conveniente que empezases a ponerte a bien con Dios.

—¡Pero yo...! —Martin se calló de pronto, recordando la fatídica frase del abogado:

Dos gotas de agua.

Con las manos quemadas, no habría forma de hacer ver su auténtica personalidad. Era preciso, pues, buscar otro medio de salir de aquel atolladero.

—Quiero ver a mí abogado —pidió con voz firme.

—¿A Stacker? —Carver meneó la cabeza—. Imposible; ayer noche salió para la capital del Estado, con el fin de presentar tu recurso.

Los tres guardianes se marcharon casi en el acto. Martin se acercó a la mesa, tomando el periódico dificultosamente.

Se sentó en un lado del camastro, desplegando el periódico sobre la colchoneta. Empezó a leer el reportaje, en el cual se narraba extensamente el juicio de que había sido protagonista principal Perry Dashiell, conocido millonario, más conocido aún por sus extravagancias, que culminaron en el asesinato de una joven de la localidad de Boulton Fields, llamada Sally Jacobson. El asesinato había sucedido a un repugnante intento de ultraje a la virtud de la muerta, ultraje al cual se había resistido ella con todas sus fuerzas y que le había acarreado un tan trágico final.

Al terminar de leer el reportaje, Martin comprendió que estaba perdido, El gobernador se negaría siquiera a considerar un recurso de gracia, es decir, el recurso de Dashiell. Le ejecutarían una vez concluido el plazo fijado por el juez que le había condenado.

Dejó que se enfriase el desayuno. Tenía cosas más importantes en qué pensar.

Releyó una vez más el reportaje. Estaba ilustrado con algunas fotografías del condenado, y Breckner se asombró del fantástico parecido que existía entre él y Dashiell. Habla una fotografía de busto, en la que se advertía con toda claridad la pequeña cicatriz del pómulos izquierdo. No, Stacker había sabido hacer bien las cosas. Lo único que podía haberlo comprometido, las huellas dactilares, había sido solventado mediante aquellas bárbaras quemaduras de sus dedos y palmas.

Vio a Stacker en otra fotografía. Esta había sido impresionada en el momento de salir del tribunal, rodeado por los guardias. También allí el parecido era asombroso. Stacker estaba detrás, a dos pasos de distancia.

Martin observó algo raro en Stacker. Un abogado al cual condenan a su cuenta, sobre todo si la condena es tan grave, no muestra un rostro sonriente al salir del tribunal. Especialmente una sonrisa de triunfo, una sonrisa mefistofélica, perversa, maravillosamente captada por el objetivo, si Stacker la hubiera visto, se habría apresurado a destruir cuantas copias existiesen de la misma.

Pero Stacker yacía en aquellos momentos en medio de un lago de sangre ya seca. Esto, claro, lo ignoraba el joven.

Por tercera vez releyó la información, fijándose vagamente en que estaba firmada por una tal Syra Lyndon. El nombre le pareció conocido, aunque de una manera muy nebulosa. Pronto relegó aquel detalle a un rincón de su mente, muy ocupada con otros problemas más acuciantes.

De repente se le ocurrió una idea.

—¡Eh, guardia! —llamó.

Thompson compareció momentos después.

—¿Qué quieres, Dashiell?

El joven apretó los labios. Bien, de nada serviría tratar de meter en aquellos cerriles cerebros la idea de que no era Dashiell, sino Breckner. No creían en la conspiración tan diabólicamente urdida por Stacker para liberar a su auténtico cliente, y seguirían sosteniendo que era Dashiell, ahora ya aunque no fuese más que por su propio prestigio.

—Quiero enviar un telegrama.

—¿A dónde?

—A San Francisco. A mi abogado, Lawrence Dopeland...

—Tu abogado es Stacker, no me vengas ahora con cuentos —respondió Thompson abruptamente.

—Bueno, ¿y suponiendo que quisiera cambiar de abogado?

—¿Ahora? No me hagas reír, Dashiell. Tendrás que esperar a que regrese Stacker y acepte la sustitución. Si no quieres otra cosa...

Martin se abatió momentáneamente. Dopeland era buen amigo suyo y le sacaría de apuros... Pero si aquellos brutos se negaban a avisarle, ¿cómo conseguirlo?

—¡Aguarde un momento! —chilló, cuando ya el guardián se había alejado una docena de pasos.

Tenía una idea aún mejor. Sí, ¿por qué no usarla?

Thompson volvió con paso cansino.

—Vamos, desembucha —murmuró.

—Escuche, tengo derecho a llamar a los periodistas, ¿no?

Thompson se rascó la cabeza.

—No sé si accederá el jefe —dubitó.

—¿Tienen miedo de lo que voy a declarar? —gruñó el joven—. Estoy en mi derecho al reclamar los servicios de la Prensa, y más ahora, que no tengo a mi abogado a mano. ¿No dicen que me llevarán a la penitenciaría

del Estado?

—Así es. El capitán Trullope tiene avisada su llegada para después del mediodía.

—Bien, allí si me dejarán hablar con los periodistas. Y entonces diré cosas de los carceleros de Boulton Fields que no les sentarán muy bien.

Thompson agitó la mano.

—Está bien, está bien —rezongó—. ¿A quién quieres ver?

—A la periodista que ha firmado el reportaje de mí juicio. A Syra Lyndon.

—¡Hum! No sé si querrá venir. El otro día la insultaste de un modo atroz. La llamaste...

—Usted no se preocupe de los insultos —cortó Martin Breckner, rudamente—. Vaya y avísela por el medio más rápido de que disponga. No olvide que este es uno de mis derechos y que ni usted ni nadie pueden negármelo.

Al quedarse solo, Breckner se sintió más aliviado. Ahora, por fin, al cabo de tantos días, conocía su suerte. Ahora ya sabía cómo luchar para salvar su vida.

Y emplearía todas sus fuerzas en ello.

CAPÍTULO XI

Perry Dashiell detuvo el coche.

Miró asombrado en torno suyo. Hasta donde alcanzaba su vista, solo se divisaba la absoluta y desnuda aridez del desierto de Mojave.

Permaneció unos instantes, con las manos apoyadas sobre el volante. Las tenía doloridas y resentidas por tantas horas de conducir, pero, afortunadamente, los gruesos guantes le habían preservado notablemente. Por otra parte, sus quemaduras habían sido mínimas; ya había tenido él buen cuidado al simular que intentaba apagar el fuego de la colchoneta. Peor estaría su doble para la horca; a Breckner sí que le habrían quemado a conciencia la piel de las manos. Pero, ¿qué podía importarle a él la suerte del escritor? Que se fuese al infierno; lo interesante era que había salvado el pellejo.

¿Estaba seguro?

Consultó el cuenta-millas. Por precaución lo había examinado al desviarse en el cruce. La distancia era correcta, cuarenta millas, según había dicho Stacker.

Pero allí no había ningún aeroplano.

La planicie, abrasada, quemada, calcinada por el sol, estaba absolutamente desierta.

Permaneció unos momentos inmóvil, reflexionando sobre su situación.

¿Qué sucedía allí? ¿Le había engañado Stacker?

Si era así, juraba que...

Sus dientes crujieron con fuerza. Pero no, no podía ser; Stacker no podía haberle traicionado.

¿No se había portado tan bien con él? ¿No le había sacado de la cárcel usando un procedimiento rocambolesco que no se le habría ocurrido al hombre de más desatada fantasía y que, precisamente, por su misma aparente imposibilidad había dado tan buen resultado?

Sin embargo, había una cosa positivamente cierta: el avión que le habían anunciado le esperaba a cuarenta millas del cruce, no estaba.

El viento ululó a lo lejos, levantando un gran remolino de arena. Dashiell frunció el ceño. Una tormenta de arena en pleno desierto no tenía nada de agradable.

El viento se calmó. Dashiell estaba fatigado después de toda una noche de conducir sin descanso.

Consultó el reloj del salpicadero; eran las nueve de la mañana. Quizá

se había retrasado el piloto un tanto. Por el momento, no había por qué sospechar de Stacker.

Arrellanóse en el asiento y apoyó la cabeza en el respaldo. Unos momentos después, dormía profundamente.

Un ruido extraño le despertó. Abrió los ojos, dándose cuenta de que se trataba de un chorro de arena lanzado contra los cristales por el viento.

Miró de nuevo. El avión seguía sin aparecer después de tres horas de sueño.

Dentro del automóvil hacía un calor sofocante. Dashiell sintió sed primero y cólera después. El pensamiento de que Stacker le había engañado, invadió su mente con insidiosa lentitud pero con seguridad.

Resuelto a todo, abrió la portezuela y salió fuera. Había un medio de comprobar la lealtad de Stacker.

Dio la vuelta al coche, dirigiéndose hacia la parte posterior. Tiro de la manija del portaequipajes.

La cerradura estaba muy fuerte, y abrirla, con la piel de las manos todavía tierna, le costó dolores insufribles. Al fin, después de unos cuantos gritos entremezclados con algunas obscenas imprecaciones, consiguió levantar la tapa.

Su grito de rabia se confundió con un salvaje alarido del viento. ¡El departamento estaba completamente vacío!

Tambaleándose como un beodo, Dashiell caminó hacia el asiento de atrás. Abrió la portezuela y tiro a un lado la lata de combustible que no había utilizado todavía. Levanto el respaldo y el asiento y hasta el felpudo de los pies.

¡No encontré ni un solo centavo!

—¡Maldito hijo de perra! —bramó—. ¡Me has engañado, pero yo te juro que, aunque sea lo último que haga en este mundo, te anegare con mis propias manos!

Corrió hacia el volante y se sentó tras él. Dio contacto, y embrago y piso el acelerador, haciendo dar al coche una vuelta completa.

El coche se detuvo repentinamente cincuenta pasos más adelante.

Dashiell blasfemó de nuevo. El tanque de combustible estaba completamente vacío.

Se apeó, luchando contra el viento que cada vez soplaba con más fuerza. El cielo aparecía amarillo y a través de la espesa polvareda, el sol, por contraste, parecía un gigantesco ojo anaranjado, del cual se desprendían intolerables ondas de calor.

Llegó al sitio donde había tirado la lata. Regresó al coche y destapó el tubo de acceso al depósito. Empezó a verter el combustible.

De pronto cuando ya había vaciado la mitad de la lata, notó una cosa.

¡La gasolina no olía en absoluto!

Un súbito golpe de frío le recorrió la espalda, a pesar del enorme calor

que hacía, que ni siquiera la fuerza del viento conseguía mitigar. ¿Qué le había puesto Stacker en la lata: agua en lugar de gasolina?

Se acercó la boca de la lata a la nariz, el líquido no olía en absoluto.

De nuevo tornó a maldecir profusamente. Mataría a Stacker, sí, lo mataría en cuanto lo encontrase. Una trampa cuidadosamente preparada: sin gasolina y a cuarenta y dos millas del centro civilizado más próximo, en medio del desierto. Una trampa diabólicamente ingeniada por el abogado para quedarse con el dinero.

Aunqu salvase la vida, no podría demostrar que era Perry Dashiell, so pena deponer él mismo su cuello en el lazo del verdugo.

Pero, ¡qué tonto era! Si Breckner ocupaba su puesto en la cárcel, ¿por qué no iba a ocupar el del escritor en la vida real? Claro, era sencillísimo; iría a Daggett y telegrafiaría... ¿A quién?

Bueno, el caso era llegar a Daggett. Nada más fácil que explicar que había sufrido un accidente y se había quedado sin dinero. Alguien le prestaría unos dólares y después... Lo interesante era salir de allí.

Pero tenía sed, mucha sed. No había probado un trago de agua desde que saliera de la cárcel. Bueno, sonrió torvamente, al menos, Stacker le había dejado lo suficiente para sobrevivir en el desierto. Sin comida podía uno pasarse dos y tres días con toda facilidad; en cambio sin agua, en un lugar semejante, a las cuarenta y ocho horas se moría deshidratado. Y en la lata tenía al menos doce o catorce litros del preciado líquido. Todavía tendría que agradecerse a Stacker, rio, mientras alzaba la lata para llevarse la embocadura a los labios.

Bebió, bebió largamente. El agua penetró por sus fauces en grandes cantidades, refrescándole momentáneamente, antes de que, en su ansia, se diera cuenta de que el líquido tenía disuelta en su interior una importante proporción de sal.

Arrojó la lata a lo lejos con gesto espeluznado, ¡Agua salada!

Había ingerido al menos medio litro antes de advertir el gusto de la sal. Una sed enorme le asaltó instantáneamente. El horror de su situación predominó por encima del odio, por encima de la ira que le había causado la demoníaca trampa urdida por el abogado.

No podía quedarse allí; el avión ya no aparecería, y aunque hubiere sido verdad, no existía piloto en el mundo capaz de tomar tierra con aquella tormenta de arena.

Empezó a caminar.

Una hora más tarde se dio cuenta, con espanto, de que se había salido del camino. Estaba perdido en el desierto.

Empezó a desvariar. Caminó chillando como un loco, entonando obscenas canciones o maldiciendo a Stacker cuando recobraba la lucidez. De pronto, el suelo falló bajo sus pies.

Cayó rodando por una grieta oculta a su vista por el intenso velo de

polvo y arena. Mientras rodaba no sufrió grandes daños, porque la pendiente de la grieta era arenosa. Pero al final había muchas piedras, muy grandes algunas, y su pierna derecha chocó con terrible fuerza contra una de ellas.

Lanzó un estridente alarido de dolor, que se perdió en el lúgubre ulular del viento. La boca y las narices se le llenaron de arena y escupió fuertemente para librarse de aquella inenarrable molestia.

Se sentó en el suelo, haciendo un esfuerzo para dominar el intensísimo dolor que sentía en la pierna.

Con ojos lacrimosos y no solamente por la irritación causada en ellos por la arena, contempló la pierna lisiada. El hueso astillado asomaba incluso por fuera del desgarrón en la pernera del pantalón. Sintió que un líquido caliente corría por la pierna y goteaba luego al suelo.

Sollozó lastimeramente. Ya no saldría más de allí, se dijo, olvidando todo, todo, en su ansia por vivir. En aquellos momentos hubiera perdonado incluso a Stacker si le hubiera visto aparecer con una botella de agua y una ambulancia.

Pero sabía que Stacker no aparecería. Ofuscado su cerebro por espantosas visiones causadas por la sed y el dolor, empezó a arrastrarse.

Quería subir a lo alto de la grieta. Quizá allí encontrase a alguien que le socorriera. Gritó, gritó, pero sus clamores se perdieron, en el funeral cernir del viento.

A costa de ímprobos esfuerzos, consiguió llegar hasta la mitad de la ladera. De repente, la ladera cedió; era arena casi toda, prácticamente.

Dashiell rodó envuelto en la arena hasta el fondo de la grieta. Recibió un nuevo golpe y estuvo a punto de desvanecerse.

El viento continuaba soplando y la arena se acumulaba por todas partes. Pronto le cubrió todo el cuerpo, excepto un pie, las manos y la cara.

La arena empezó a llenarle la boca y las fosas nasales. Dashiell ya no se podía mover: había perdido mucha sangre y estaba terriblemente débil.

Notó que la arena iba invadiendo su garganta poco a poco. También le entraba por las fosas nasales hasta los pulmones. Ya no sentía sed siquiera.

Minutos después, apenas el pie derecho quedaba al descubierto. El pie se movió débilmente todavía unas cuentas veces. Después se quedó quieto.

CAPÍTULO XII

Syra Lyndon se detuvo frente a la celda que ocupaba Martin Breckner y le miró fijamente durante algunos segundos.

—Creo que me había llamado usted —dijo al fin, con glacial acento. Breckner se puso en pie de un salto.

—¿Es usted la señorita Lyndon? —preguntó casi a voces.

—Usted tiene motivos para saberlo —respondió ella, sin abandonar su tono reticente—. Todavía recuerdo lo que me dijo el otro día.

—Yo no fui —dijo el joven—. En todo caso, sería el auténtico Dashiell, señorita Lyndon. Insisto en que me llamo Martin Breckner, escritor, y soy de San Francisco, en donde resido habitualmente. Le ruego que me crea, por el amor de Dios.

Syra le miró extrañada.

—¿Qué nuevo ardid es este, señor Dashiell? ¿Acaso ahora, viéndose condenado irremisiblemente, trata de buscarse posibles testigos para su fingida, locura?

Martin hizo un gesto de desaliento.

—Le voy a rogar unos minutos de paciencia, señorita Lyndon. Después que me haya oído, haga lo que quiera. Incluso, si lo desea, le presentaré mis excusas por unos Insultos que le dirigió mi doble días atrás y que yo no hubiera pronunciado jamás referentes a una dama, y menos a una joven tan linda como usted.



—No trate ahora de dorarme la píldora, señor Dashiell —dijo ella con sequedad—. Exprese lo que tenga que decirme y después juzgaré.

—De acuerdo. Siéntese, por favor.

Martin trajo el taburete de la celda, arrastrándolo con los brazos, ya que no podía utilizar las manos. Se sentó frente a la muchacha y dio comienzo a su narración.

Estuvo hablando durante largo rato, sin que Syra le interrumpiera. Al terminar, clavó sus ojos ansiosamente en el rostro de la joven.

Syra calló durante unos instantes.

Luego, calmamente, dijo:

—¿Espera usted que me crea toda esa sarta de embustes?

—Ya me suponía que no —respondió el preso—. Sin embargo, puedo presentar pruebas incontestables de lo que digo.

—Veamos —dijo ella—. Mi paciencia, desde luego, no conoce límites.

—Primera prueba: ponga usted un telegrama a San Felipe, Baja California, Méjico. Allí es donde yo pensaba pasar las vacaciones, en casa de un amigo llamado Carlos Álvarez. Seguramente, el auténtico Dashiell ingresaría en la cárcel algún dinero al ser hecho preso. Haga que el alguacil le facilite el importe del telegrama de ese dinero.

—¿Y por qué he de poner yo ese telegrama, señor Dashiell? —preguntó ella.

—Porque no tengo a nadie más en este mundo que me ayude. He querido hablar con Lawrence Dopeland, de Market Street, 863, San Francisco, que es mi abogado, y me lo han negado. Lea usted los periódicos de tres semanas atrás. Yo, o sea, Martin Breckner, manifestó a la Prensa que no quería decir el lugar donde pensaba pasar mis vacaciones, para huir de la publicidad. En este momento, nadie sino usted y yo sabemos que es San Felipe el pueblo donde pensaba pasar mis vacaciones. Carlos Álvarez le contestará que yo no estoy allí, es decir, que el escritor no ha acudido. Hable con Dopeland también, se lo ruego...

Syra se mordió los labios.

—En todo caso, ¿qué más pruebas podría alegar usted, señor Dashiell? Martin levantó sus manos.

—Esta es la única contestable y esos bandidos me las quemaron. No podré tener las huellas dactilares hasta dentro de seis meses, si no más.

—No acaba usted de convencerme, señor Dashiell —dijo ella, fríamente.

Y se puso en pie.

—¡Espere! —gritó el joven.

Syra le miró, extrañada por el grito.

—¿Qué le sucede ahora? —inquirió.

—Estoy seguro de que me han tenido encerrado en una casa de los

alrededores. Stacker iba y venía con frecuencia. La casa era de dos pisos y tenía un salón principal adornado con una gran chimenea. —Se esforzó en recordar—. Sí, ya voy captando más detalles. Sobre la repisa había dos candelabros de estilo muy antiguo y encima, un gran cuadro representando un asalto de los indios a un tren de carretas de transporte, una copia muy buena del original de Frederic Remington. Usted tiene que haber visto más de una vez fotografías de dicho cuadro, ¿no es cierto?

Ella asintió:

—Desde luego, pero aunque no es frecuente, hay muchas mansiones que tienen copias de dicho cuadro.

—¿Y no hay ninguna casa con jardín alrededor en esta ciudad que esté deshabitada? —exclamó Breckner—. Todo el tiempo estuvieron las contraventanas cerradas, día y noche, a todas horas. Sé que había jardín, porque a veces oía el susurró del viento entre las hojas de los árboles.

Syra meditó unos instantes.

—Si —dijo al fin—. Es la mansión de los Jarrold. Está deshabitada desde hace muchos años. Es antigua, y su administrador no consigue alquilarla ni mucho menos venderla.

—¡Pues vaya usted a verle! ¡Seguro que le contesta que alguien se la ha alquilado durante tres o cuatro semanas! ¡Hágalo, por el amor de Dios, señorita Lyndon! ¡Piense que de sus esfuerzos depende el que pueda salvarse una vida humana inocente por completo!

Syra dudó. Dashiell parecía sincero. Pero, aunque no muy avezada al trato con semejante clase de gentes, sabía que los condenados a muerte, muchas veces, realizaban todo género de cosas con tal de eludir el cumplimiento de la fatídica sentencia.

Martin añadió:

—Además, yo he oído su nombre antes de ahora, aunque no consigo recordar cómo ni dónde ni por qué. Si pudiera conseguirlo... —Y se mordió los labios.

—Mi nombre lo oyó usted el otro día cuando me presenté para pedirle unas declaraciones para el semanario que dirijo, el *Boulton Fields Times*.

Martin abrió unos ojos como platos.

—¿Ha dicho él...? —Se agarró a la reja con ambas manos, olvidándose de las quemaduras y soltó un aullido de dolor. Luego, procurando dominar el vivísimo escozor que sentía, exclamó, casi a gritos—: Ahora lo recuerdo. Sí, claro. ¡Qué estúpido soy! ¿Cómo he podido olvidarlo? Escuche, Syra Lyndon, hace cuatro meses, aproximadamente, usted me dirigió una carta, solicitando un cuento corlo, mil palabras, aproximadamente, para su semanario. ¿Es cierto eso?

Syra se sorprendió enormemente.

—Claro —exclamó. Pero casi en el acto añadió—: Sin embargo, eso no prueba nada.

—¿Por qué? —aulló Breckner.

—Martin Breckner me envió el cuento. Generosamente, cedió sus derechos para el hospital de la ciudad, pero todo esto lo dije yo en unas líneas de introducción al cuento cuando lo publiqué en el semanario. Usted. Dashiell, tiene un abogado muy listo, y le habrá contado ese detalle a fin de impresionarme.

Martin sintió que todas sus esperanzas se desvanecían.

—Oh, no; no puede ser usted tan cruel. —De repente exclamó—: ¿También estaba enterado Stacker de la existencia de mí amigo Carlos Álvarez en San Felipe? Por lo que más quiera, ponga ese telegrama, se lo suplico. Haga eso tan solo señorita Lyndon. Recuerde que mi vida pende de un hilo y que... —concluyó dramáticamente—. ¡Ante Dios juro que no soy Dashiell, sino Martin Breckner!

—Está bien —dijo Syra sin comprometerse a nada—. Veré a ver si lo hago. —Y en aquel momento entró el capitán Trullope, de la Policía del Estado, seguido de dos de sus agentes, para llevarse al condenado a la penitenciaría, donde debía cumplirse la sentencia fatal.

Syra permaneció en la calle contemplando la salida del preso, hasta que el coche que se lo llevaba desapareció a lo lejos. Luego, muy pensativa, regresó a su casa.

¿Había dicho la verdad el condenado? ¿Se trataba de una diabólica conspiración para sunlant.ar al verdadero culpable? Claro que había un medio de saberlo... pero Syra no se atrevía aún a intervenir. No por falta de ganas, sino por temor a correr un espantoso ridículo que, de ser propagado por Boulton Fields, haría naufragar por completo su semanario. Y, a fin de cuentas, ella tenía que vivir.

Aquella noche apenas durmió, terriblemente preocupada por cuanto le había contado el preso. ¿Era sincero o se trataba solamente de un hábil simulador, no menos hábilmente aleccionado por su astuto abogado, el cual, viendo irremisiblemente perdida la partida, había recurrido a aquel truco para salvar la vida de su cliente, basándose en una posible demencia?

Se levantó enormemente fatigada, tanto como sí, en lugar de haber permanecido en el lecho, se hubiera pasado la noche caminando. Se metió en la ducha y estuvo bajo el chorro de agua hasta que sintió que la tranquilidad volvía a sus nervios.

—Olvidémoslo —decidió por fin—. Es un simulador, simplemente. Y la lástima es —añadió evocadoramente—, que tiene un aspecto magnífico. Un hombre muy atractivo, de verdad.

Después de desayunar, bajó a su oficina, donde empezó a repasar inmediatamente los telegramas de Prensa expedidos por la agencia a la cual estaba suscrita. Uno de ellos llamó su atención inmediatamente.

Era un suceso que ocurrían bastantes al cabo del año. Un avión ligero

habíase estrellado, incendiándose a continuación. Sus tres ocupantes habían perecido abrasados, aunque, posteriormente, habían podido ser identificados. Sus nombres eran Harvey Dude, Phil Lunghi y Sheil Hamrin.

¡Dude, Lunghi y Hamrin!

Los nombres concordaban con los que el preso le había dado de sus guardianes. ¿Y si ahora resultaba que Dashiell no era Dashiell, sino Breckner?

La muchacha se puso en pie inmediatamente. Tomó el teléfono, llamando al señor Bothwell, administrador de fincas, que tenía a su cargo la mansión de los Jarrold.

La secretaria del señor Bothwell le contestó que en aquellos momentos, se hallaba tomando una taza de café en el *Paradise* y que allí podría verle si le urgía conversar con él. Syra colgó el teléfono, agarró el bolso y se lanzó a la calle precipitadamente.

Pocos minutos después entraba en el *Paradise*. Bothwell estaba en el mostrador, conversando con el dueño del local, el cual se estaba lamentando de la mala suerte que había tenido el pobre Sheil Hamrin y de lo inconsolable que estaba su sobrina Myrna, la cual se había enamorado perdidamente del muerto.

Syra captó el detalle en el acto.

—Perdone mi intromisión, señor Fargus —dijo—. ¿Conocía usted a Hamrin?

—¡Ya lo creo! ¡Lo tuve de camarero durante casi cuatro semanas, señorita Lyndon!

—¿Sabe usted dónde vivía?

Fargus se encogió de hombros.

—No, la verdad es que no me preocupé de ello. ¿Quiere escribir en su semanario algo acerca del pobre Sheil?

—Quizá —respondió la muchacha, ambiguamente. Se volvió luego hacia el administrador de fincas—. Señor Bothwell, necesito urgentemente visitar la mansión de los Jarrold.

—No sé si le gustará mucho al inquilino, muchacha —contestó el requerido.

—¿Qué inquilino?

—Pues el señor Stacker, el abogado de Dashiell. Guando vino a hacerse cargo de la defensa de su cliente, me alquiló la mansión, diciéndome que el lugar le convenía dada su soledad. Así, manifestó, podría estudiar mejor los documentos concernientes al proceso.

—¿Y vivió en la casa todo el tiempo?

—Supongo que sí —contestó Bothwell—, aunque no lo comprobé. Me dijo que no deseaba que le molestase nadie, de modo que no me acerqué por allí. Otras veces lo hago en casas que tengo alquiladas, para ver si los inquilinos se sienten a gusto...

Syra agarró a Bothwell por el brazo.

—Venga conmigo, se lo suplico —dijo excitadamente.

—Pero, muchacha...

—Venga —insistió ella, sin atender a razones—. Ya le pagará luego al señor Fargus. Vamos, pronto, tengo una prisa horrible.

—Bueno, bueno —dijo el administrador—, vamos allá... La casa está un poco lejos, aunque tengo el coche en la puerta.

—Mejor así —dijo ella.

—¿Se ha cometido un crimen? —gritó Fargus desde el mostrador.

—Si no nos damos prisa, puede que esté a punto de cometerse —gritó Syra, ya en la puerta. Naturalmente, aludía al condenado a muerte.

—¡Diablos! ¡Eso no me lo pierdo yo! —exclamó Fargus. Se quitó el mandil y echó a correr detrás de la pareja, mientras gritaba—: Myrna, deja ya de llorar y atiende el mostrador.

Los tres se metieron en el coche, el cual arrancó de inmediato. Diez minutos más tarde, se hallaban ante la mansión de los Jarrold.

Las ventanas se hallaban obstinadamente cerradas.

—Sí que es extraño —murmuró Bothwell.

Cruzaron el jardín y llegaron a la puerta. Tocaron el timbre, sin obtener la menor respuesta.

Bothwell miró a la joven.

—No hay nadie —dijo.

—Abra —exclamó Syra enérgicamente.

—Pero... si el señor Stacker... Puede costarme un disgusto... Incluso puede pedirme una indemnización...

—¡Yo la pagaré! —dijo Syra, resueltamente—. Abra, señor Bothwell.

El administrador se encogió de hombros. Hurgó en uno de sus bolsillos, sacando un manojito de llaves, del cual seleccionó una, que insertó acto seguido en la cerradura.

La puerta quedó abierta. Syra avanzó impulsivamente tres o cuatro pasos y luego se detuvo en el centro del vestíbulo.

—¡Qué mal huele! —exclamó.

—Está todo cerrado —refunfuñó Fargus.

Bothwell fue más práctico.

—¡Señor Stacker! —gritó.

Sus gritos rebotaron por las paredes. Entonces, Syra, decidiéndose a todo abrió una de las ventanas de par en par. No obstante, el olor persistía.

—Es de tener la casa cerrada —dijo al fin.

—¿Y por qué había de tenerla cerrada el señor Stacker? —objetó Bothwell—. ¿No residía en ella?

—Yo sé lo que me digo —contestó la muchacha—. ¿Dónde está el salón principal?

—Por aquí.

Los tres cruzaron el vestíbulo, Bothwell en cabeza. Llegaron ante una puerta, pero cuando el administrador se disponía a hacerlo, Syra le detuvo el gesto.

—¡Cuidado!

Bothwell retrocedió como si le hubiera picado un áspid. Syra extrajo de su bolso un pañuelo y se lo entregó al administrador.

—Hay que tener mucho cuidado con las huellas dactilares —dijo, sorprendentemente, sin que ninguno de los dos hombres comprendiera los motivos de tan extraña actitud.

Entraron en el salón. Con las mismas precauciones, Syra abrió una de las ventanas. Después tendió la vista en torno suyo.

—Sí, la decoración corresponde a lo que dijo el preso —murmuró apagadamente.

Y luego se acercó a la chimenea, arrodillándose junto al hogar.

—Estas cenizas son recientes, de tres o cuatro días tan solo —dijo.

—¿Por qué iba a encender fuego el señor Stacker? —preguntó Bothwell—. Estamos acercándonos al verano...

—Ya lo sé —contestó ella, enigmáticamente—. Vamos a registrar el resto de la casa.

En una de las habitaciones encontraron prendas de hombre. Syra reconoció el traje de Breckner, por la descripción que este le había facilitado. A cada momento que transcurría, se convencía más y más de la veracidad de las manifestaciones del preso. Si esto resultaba cierto, ¡qué información más sensacional!

—Subamos al piso superior —dijo Bothwell.

—Cada vez huele peor —gruñó Fargus.

Emprendieron el ascenso. El mal olor se acentuó a medida que subían escalones...

Llegaron al rellano del primer piso.

—No me explico cómo pudo vivir tanto tiempo con todo esto cerrado el señor Stacker —refunfuñó Bothwell.

De pronto, Syra se detuvo. Acababa de ver algo oscuro en el suelo.

—¡Miren! —exclamó.

Bothwell y Fargus se detuvieron como heridos por el rayo. La puerta de aquella habitación estaba entreabierta.

Valerosamente, la muchacha avanzó hacia la puerta, abriéndola del todo. Casi en el acto, soltó un chillido que hizo temblar los vidrios.

Los dos hombres corrieron hacia allí.

—¡Santo Dios! —exclamó Bothwell.

—¡Mi venerada abuela! —dijo Fargus.

Permanecieron unos instantes como atontados, contemplando el macabro espectáculo.

Luego, Bothwell dijo:

—Vamos, hay que avisar al comisario Carver.

—Fargus se volvió. Inmediatamente se arrodilló en el suelo.

—Y al médico también.

Incapaz de resistirlo, Syra se había dejado caer al suelo poco a poco, desmayándose por completo.

CAPÍTULO XIII

Randy Potts «El Pinzas», llegó a San Francisco sin ningún contratiempo. Casi no podía creer en su buena suerte.

«El Pulga» había muerto. Bien, peor para él. Stacker también estaba muerto. Que se fuera al infierno. El, Randy Potts, tenía un botín fabuloso en su poder, un millón largo de dólares.

Claro que no lo gastaría de golpe, sino poco a poco. O mejor aún, se largaría a Europa una buena temporada, quizá para siempre. Allí no solían hacer muchas preguntas sobre los billetes de cien dólares y menos en Suiza, Si conseguía llegar a Suiza...

Detuvo el coche en una calleja próxima a su domicilio. No era prudente qué le vieran con automóvil, cuando todo el mundo sabía que él no lo había poseído jamás, como no fuera robado.

En San Bernardino había adquirido un fuerte saquete de lona, donde, en una parada que hizo luego en medio de la carretera, había trasladado el fabuloso botín, que con tan poco esfuerzo había obtenido.

Tomó el saquete y se apeó del coche. En aquel momento una pesada mano se apoyó sobre su hombro.

«El Pinzas» se volvió. Se echó a temblar en el acto.

El inexpresivo rostro del agente O'Hanlan se le apareció en el acto. O'Hanlan era un tipo al cual se le escapaban pocas cosas y por ello le había llamado la atención que «El Pinzas» se apeara de un coche que, a buen seguro, no era suyo.

—¿De dónde vienes con ese saco, «Pinzas»? —preguntó el enorme irlandés.

Potts se vio perdido. No por otra cosa, sino porque iba a evaporarse aquella enorme suma, a costa de la cual tantos y tan hermosos sueños había elaborado. Una oleada de rabia se crispó en su garganta.

Actuando de repente, pegó un fuerte empujón al guardia. O'Hanlan trastabilló, perdiendo el equilibrio momentáneamente.

—¡Maldito! —gruñó, luchando por recobrar la estabilidad.

«El Pinzas» corría ya que volaba, sin soltar el pesado saquete. El agente salió en su persecución, cada vez más convencido de que las prisas de «El Pinzas» tenían como origen algo que no podía considerarse como santo, precisamente.

—¡Eh, «Pinzas», maldito bastardo! ¡Detente! ¡Párate, te digo!

Pero el maleante no le hacía el menor caso. Todo su interés estaba

centrado en escapar.

Furioso, O'Hanlan hizo lo que cualquier otro representante de la Ley hubiera hecho en su caso. Sacó el revólver de reglamento, se detuvo y apuntó cuidadosamente.

El entrenamiento de O'Hanlan era magnífico. Quiso tirar a la pierna y, en efecto, la bala atravesó la pierna derecha de «El Pinzas», rompiéndole el fémur.

El maleante soltó un aullido de dolor. Cayó, dando dos vueltas sobre sí mismo, a la vez que soltaba el saquete.

La coca de este se desató y parte de su contenido se desparramó por el suelo. O'Hanlan llegó dos segundos más tarde.

—¡San Patricio me asista! —exclamó el policía al ver semejante suma de dinero—. ¿De dónde lo has sacado, «Pinzas»?

Pero el maleante no contestó. Estaba llorando.

Lloraba por la pérdida de sus ilusiones, por sus sueños frustrados, pero, sobre todo, lloraba porque estaba pensando en la cámara de gas de San Quintín.

O'Hanlan sacó el pito de reglamento y se lo llevó a los labios.

CAPÍTULO XIV

Desde su celda de condenado a muerte, Martin Breckner miró a su amigo y abogado, Lawrence Dopeland.

—Tienes que sacarme de aquí, Larry —imploró—. Soy yo, te lo juro, Martin Breckner. Ya te he contado cómo ocurrió la cosa. Es una historia fantástica, inverosímil, ni yo mismo me habría atrevido a escribirla, pero todo sucedió como te lo he dicho. Haz todos los esfuerzos que sean necesarios, tú puedes disponer libremente de mí dinero...

Dopeland se acarició la mandíbula.

—Verdaderamente, estoy desconcertado: Claro que al llamarme a mí, demuestras, por un lado, que eres el auténtico Martin Breckner. Pero, por lo que me has contado, ese Stacker era un pajarraco de mucho cuidado, astuto como un zorro... y pudo imponer a su cliente de muchos detalles relacionados contigo, es decir, con Martin Breckner. Y luego, por si fuera poco, tus manos están quemadas... cuando intentaste apagar el colchón que tú mismo habías incendiado.

—Fue Dashiell, a mí me quemaron ellos las manos —Martin estaba a punto de echarse a llorar; ni su abogado le creía ya.

Sus hombros se hundieron de pronto. Se abatió.

—Vete ya, Larry —dijo—. No es necesario que sigas aquí. Me resignaré con mi suerte. Vete, Larry.

El abogado se puso en pie. Sí, el hombre que tenía delante se parecía enormemente a Breckner, incluso su voz sonaba idéntica... pero todo el mundo juraba y perjuraba que era Perry Dashiell, condenado a muerte.

La puerta del corredor se abrió en aquellos momentos. Sonaron unos tacones femeninos.

Martin se abalanzó hacia la puerta de su celda.

—¡Syra! —gritó como un loco.

La muchacha se le acercó.

—¿Cómo está, señor Breckner?

—¡De modo que usted cree que yo soy Breckner! —gritó el preso.

—Particularmente, estoy convencida de ello —dijo la muchacha—, y más después de lo que he visto.

Hizo, una pausa.

—No le extrañe que su recurso no haya sido presentado ante el gobernador. Stacker murió asesinado.

Y acto seguido, procedió a relatar lo que había visto en la mansión de

los Jarrold.

—Las cenizas estaban todavía en la chimenea. Sus ropas continuaban aún en la casa.

—¿Lo ves, Larry? —exclamó el preso—. Soy Breckner, Martin Breckner. La señorita Lyndon me ha reconocido.

Dopeland se sintió súbitamente interesado por el cambio que acababa de observar.

—Cuénteme usted, señorita —dijo—. Me llamo Lawrence Dopeland y soy el abogado de Breckner...

—Mi abogado, Syra. Larry, esta es la señorita Lyndon, directora y propietaria del *Boulton Fields Times*.

Syra y Dopeland se saludaron. A continuación, la muchacha relató lo que había averiguado.

—Pero, ¿y el auténtico Dashiell? —preguntó el abogado, cuando Syra hubo concluido—. ¿Dónde está?

—¿Qué nos importa eso ahora? —exclamó Breckner abruptamente—. Lo que importa es sacarme de aquí. Que se encargue la policía de averiguar su paradero.

—El capitán Trullope, de la patrulla, se está encargando ya del caso —expresó Syra—. Carver pidió su concurso para investigar los dos asesinatos. Pero —añadió pesarosamente—, sus ropas, señor Breckner, le acusan claramente.

Los ojos del escritor se desorbitaron.

—¡Qué! ¿Yo, asesinar al abogado? Eso es absurdo. ¿Cómo iba a hacerlo si en aquellos momentos estaba preso, sustituyendo a Dashiell?

Syra se pasó la mano por la frente.

—No lo sé —dijo—. Esto se embrolla cada vez más, a cada segundo que transcurre. Usted estaba en la cárcel... y, sin embargo, le acusan de la muerte de Stacker y del otro individuo.

—Pero ya tenía las manos quemadas. Mis huellas tendrían que estar sobre el arma homicida.

—Desde luego. No aparecen en el mango de la navaja, pero sí sus ropas.

—No pueden condenarle basándose solamente en un traje —terció el abogado—. Si es cierto que Martin vivió tres semanas en la casa, tiene que haber huellas suyas en alguna parte: vasos, platos, el lavabo...

—Por supuesto —contestó la muchacha—, los expertos han encontrado muchas huellas. Ahora las están analizando.

—De todas formas —dijo Dopeland—, hay una cosa que no entiendo.

—¿Cuál? —preguntó el preso.

—¿Cómo te llevaron a ti a la cárcel? Los guardianes juran y perjuran que no hubo sustitución alguna. Este es un tanto positivo, acaso el más importante, en contra tuya, Martin... si es que en realidad, eres Martin

Breckner.

El joven se mordió los labios.

—A mí me llevaron narcotizado. ¿No sabe sospechar que a los guardias les hubiera sucedido lo mismo?

Los ojos de la muchacha brillaron de pronto.

—Hamrin estuvo Sirviendo en el *Paradise* durante todo aquel tiempo. Y las comidas de los guardias eran suministrados por el *Paradise*.

—Eso es muy importante señorita Lyndon —manifestó el abogado—. Quizá Hamrin sirvió un narcótico a los guardianes y estos no lo quieren confesar por propio prestigio.

—Pero la cena la llevaba siempre Myrna, la sobrina de Fargus, el dueño —alegó la joven.

Martin estiró la mano.

—Larry, ve al teléfono inmediatamente. Habla con el dueño del *Paradise* y pregúntale si en alguna ocasión, Hamrin sustituyó a su sobrina para llevar la comida a los guardias de la cárcel. Habla también con el comisario, que interroge a Thompson y a Brownelar. Apriétale los tornillos; dile que será para él mucho peor si consigues desenredar este asunto por otra parte.

—Sí, es una buena idea —exclamó el abogado.

—¡Aguarda un momento! —dijo Martin.

Miró a la muchacha.

—¿Usted vio a Dashiell cuando lo detuvieron?

—Sí.

—¿Llevaba bigote entonces?

—No, claro. ¿Cómo no se me habrá ocurrido eso a mí?

Breckner volvió la vista hacia el abogado.

—Ahí tienes otra prueba más —dijo—. Pero todavía hay muchos más. Syra, ¿qué ha dicho Carlos Álvarez?

—Su equipaje llegó, pero usted no —respondió la muchacha.

Martin sonrió ampliamente.

—Todavía guardo el último cartucho. He estado pensando mucho en ello, buscando el modo de demostrar mi identidad. Larry, tienes que procurarte, como sea, fotografías de Stacker, Dude y Lunghi. Sammy, el ascensorista, los reconocerá sin duda; sé que los miró con bastante insistencia.

Hizo una pausa, respirando profundamente.

—Pero todavía hay más, Larry. Esta prueba puede ser definitiva. Hazla en presencia de un oficial de policía, a fin de que no haya la menor duda. ¿Recuerdas que había manifestado repetidas veces que no quería decir dónde pensaba pasar las vacaciones?

—Sí, eso es cierto —concordó el abogado, bastante pensativo.

—Habla con Sammy. Si no quería decir a nadie a dónde iba, ¿por qué

a él precisamente, y solo a él, tuve que decirle que en Miami pensaba pasarlo estupendamente?

El abogado abrió la boca de par en par. Luego, sin pronunciar una sola palabra, echó a correr hacia la salida.

Syra y Martin se quedaron solos. Martin la miró fijamente. Ella bajó la vista.

—Syra —dijo él con un carraspeo.

—Sí, señor Breckner...

—Llámeme Martin... y de tú...

—Como... como quieras, Martin —contestó ella, muy encarnada.

—Si salgo de aquí, te deberé la vida. ¿Sabes la costumbre china en estos casos?

—No —exclamó ella, muy sorprendida.

—En China, cuando una persona salva la vida a otra, la salvada se considera ligada eternamente a su salvador.

—¡Oh! —fue todo lo que supo decir Syra.

CAPÍTULO XV

La puerta del pasillo de celdas se abrió. Syra encabezada la comitiva, de la cual formaban parte Dopeland, el capitán Trullope, el teniente Morris de la Policía de San Francisco, el alcaide de la penitenciaría y un vigilante.

Syra miró al joven con ojos brillantes.

—Todo resuelto, Martin —dijo.

El joven tuvo que sentarse en un taburete. Las piernas se negaban a sostenerle erguido.

—Dios mío, gracias —musitó.

Dopeland empezó a hablar.

—Fargus, el dueño del *Paradise* ha declarado que Hamrin llevó la comida a la cárcel en dos o tres ocasiones, la última precisamente dos días después del juicio. Los guardianes han admitido que se durmieron unos minutos, muy pocos, posiblemente menos de diez. Pero en ese espacio de tiempo Stacker y sus compinches te pusieron a ti en lugar de Dashiell. Me costó hacer que admitieran tal cosa, pero al fin lo conseguí. Es evidente que Hamrin les puso una pequeña dosis de narcótico en el café de la cena, lo justo para dejarlos atontados, durante esos pocos minutos. De otra forma, ¿cómo iban a dormirse a las ocho de la noche? También hemos hablado con Sammy. El teniente Morris, aquí presenté, estuvo cuando lo interrogué. Sammy reconoce ser cierta la frase que pronunciaste y reconoce también, por las fotografías, a Stacker y a sus compinches. Pero todavía hay más.

Dopeland se volvió hacia el policía.

—Teniente, cuénteles usted, por favor.

Morris se adelantó un par de pasos.

—Con mucho gusto. Hace algunos días detuvimos a un conocido maleante, que llevaba encima nada menos que un millón y pico de dólares. Potts, que ese es su nombre, ha reconocido ser el autor de la muerte de Stacker, el cual mató a su vez a su propio compinche, me redero al de Potts, naturalmente. Esto nos ha llevado a practicar otras investigaciones colaterales y hemos llegado a la conclusión de que, en diferentes fechas y lugares, Stacker estuvo realizando en metálico parte de la fortuna de Dashiell. Todo concuerda, pues, señor Breckner —terminó el policía.

—Aún no hemos acabado —intervino Trullope—. Estuvimos examinando la mansión de los Jarrold. Efectivamente encontramos allí huellas dactilares suyas, señor Breckner. Las comparamos con las que tiene

registradas en el Departamento del Exterior, cuando tuvo que solicitar su pasaporte, y son las mismas.

—El comisario Carver —dijo Syra—, ha declarado que Dashiell gritó varias veces que saldría de aquella cárcel. Naturalmente, entonces no le prestó mucha atención, pero después de lo ocurrido, hemos tomado estas manifestaciones como una prueba más en tu favor.

—Hace tan solo dos días —volvió a hablar Trullope—. Sam Byburn, prospector de minas, encontró un coche abandonado en el desierto, a cuarenta millas de Daggett. Al no ver a nadie en las inmediaciones, dio aviso a la policía.

Trullope hizo una pausa.

—El cadáver de Dashiell fue encontrado casi enterrado por la arena. La identificación no deja lugar a dudas, máxime cuando las quemaduras de sus manos, reconocidas por el médico de Boulton Fields, son mucho menores que las tuyas, señor Breckner.

Después de que hubo hablado el capitán Trullope, todos callaron. Respetaban la actitud de Breckner, por cuyo rostro se deslizaban silenciosamente las lágrimas.

El director de la penitenciaría hizo una seña. Un guardia se adelantó y abrió la puerta.

—Breckner —dijo—, está libre.

El joven se puso en pie.

—Tendrá que venir a mí despacho para realizar las últimas formalidades —agregó el alcaide.

—He traído ropa para que te cambies —dijo Dopeland.

Martin salió de la celda tambaleándose. Syra le tomó cariñosamente del brazo.

—Todo ha pasado ya —dijo suavemente.

El joven asintió. Lanzó una mirada circular.

—Gracias, muchas gracias a todos ustedes.

Dopeland le pegó un par de afectuosas palmaditas en la espalda.

—Ahora podrás ir a descansar a San Felipe. Carlos te está esperando, aunque... —Dopeland miró de reojo a Syra—, yo que tú, no iría solo. Me llevaría a esta encantadora personita, gracias a la cual has salvado la vida y...

Syra se puso muy encarnada.

—¡Por favor, señor Dopeland!

Martin miró a la muchacha. Sonrió.

—Sí, sería una buena idea. Syra, ¿quieres casarte conmigo?

—Oh, Martin, pero yo...

—Vamos, vamos —dijo Trullope—, no se lo piense dos veces, señorita Lyndon. Piense en la tirada de su semanario.

Syra se echó a reír. Martin rio también.

—Te cedo la exclusiva de mí relato —dijo.

Morris chasqueó los dedos.

—De aquí ha salido vivo, Breckner —manifestó—. Pero no sé si podrá decir lo mismo después de haber hablado con los chicos de la Prensa. Hay fuera una verdadera multitud de periodistas y fotógrafos...

Martin miró al alcaide.

—¿No tiene una salida distinta? —preguntó.

El alcaide dijo:

—Mala prisión sería la que tuviese dos puertas de entrada, señor Breckner. Tendrá que enfrentarse con los periodistas; ese es el precio de la fama.

—Bien —se resignó el joven—, no será mucho peor de lo que he pasado. ¿Me ayudarás tú, Syra?

—Con mucho gusto, Martin —respondió la muchacha, sonriendo luminosamente.

FIN

Detrás de la niebla

Precio:
7 ptas.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A EN LOS PAÍSES QUE SE CITAN

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIO. Hipólito Yrigoyen, 646/50 — BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1678 — LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.^a núm. 18-78 — BOGOTÁ

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. — Apartado 1.924 — SAN JOSÉ.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. — Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual — El Conde, 40 — SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre — QUITO.
Librería Selecciones, S. A., Aguirre, 717 y Boyacá, GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales — 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MÉXICO: Editorial Tztacchiuatl, S. A. — Avda. Uruguay, 17 MÉXICO.

PANAMÁ: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 — PANAMÁ.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó — Estrella, 138 — ASUNCIÓN.

PERU: "Iris, S. A". Egón Rosenfeld — Jirón Moquegua, 836 — LIMA

PUERTO RICO: Matías Photo Shop — 206 Fortaleza St. SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía 15^a Calle Oriente. 213 — SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos — Paraguay, 1.485 — MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. — Ferrenquín a la Cruz. 178 — CARACAS.



N.º 1596

Stewart Granger

Cuenta en la actualidad 46 años. Nació en Londres. Su verdadero nombre es James Stewart, el cual no usa por no confundirse con el actor de este nombre. Le hemos visto últimamente en "La tercera llave".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptos. * Impreso en España - Printed in Spain